

ILUSTRACION
ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 16 DE ENERO DE 1888→

NÚM. 316

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



[TIERRA!]

Estatua de Cristóbal Colón, destinada al monumento que se levanta en Barcelona, obra de R. Atché

SUMARIO

TEXTO. - *Nuestros grabados.* - Una viña romana (conclusión), por Luis de Llanos. - *La hija del rey de Cádiz*, por Francisco Fernández y González. - *Marino Falieri* (continuación), por don Cecilio Navarro. - *El gamo de peluca.* - *Noticias varias.* - *La ciencia práctica.*

GRABADOS. - *Tierra!*, estatua de Cristóbal Colón, destinada al monumento que se levanta en Barcelona, obra de R. Atché. - *El congreso de la moda*, cuadro de A. Mandlidt. - *Barcelona monumental.* - *Vistas del parque de Barcelona, donde se celebrará la Exposición Universal.* - *El pastor*, cuadro de Franz de Leubach. - *En marcha para la casa.* - *El regidor en acecho* - *Resultado del acecho.* - *En la puerta del herrero*, cuadro de H. Jochemuk.

NUESTROS GRABADOS

¡TIERRA!

Estatua de Cristóbal Colón destinada al monumento que se levanta en Barcelona, obra de R. Atché

Todos los monumentos modernos rematan, por lo general, con la estatua del personaje en cuyo honor se levantan. Esta solución es naturalísima: si un hombre merece un monumento, nada más consiguiente como que ese hombre ocupe el lugar más alto de esa construcción. Todo lo que así no sea, podrá ser muy elegante, podrá ser hasta filosófico; pero los pueblos entienden poco de filosofía; un monumento no ha de ser un enigma o adivinanza; y lo más sensato, dígame lo que se quiera, es ir a buscar en el coronamiento de un edificio la explicación de lo que el edificio sea. ¿Remata en una cruz? Pues es un monumento dedicado a Cristo. El remate es, con justa razón, la clave del pensamiento que la construcción entraña. El autor del monumento que Barcelona dedica al ilustre Cristóbal Colón ha estado en lo natural y en lo justo proyectando que la estatua del gran genovés remate la grandiosa obra.

Abierto concurso para la estatua de Colón, ganó en buena lid nuestro compatriota Atché, y de su obra pueden juzgar los favorecedores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por el grabado que encabeza el presente número. El descubridor del Nuevo Mundo está representado en el momento supremo de su vida, cuando después de la *noche terrible*, condenado a muerte por sus desconfiados compañeros, la aparición del continente americano hace caer a la ignorancia bajo los pies de la ciencia. - ¡Tierra! - exclamó Colón en aquel instante histórico que importaba una revolución en el mundo científico y mercantil; y debió exclamarlo aun más que con la alegría del que salva su existencia, con el orgullo del que ve cumplida una profecía. El artista, por lo tanto, ha encontrado lo que pudiéramos llamar momento histórico del héroe.

Respecto de la ejecución, la abona ante el público sensato el fallo de un jurado competente, fallo que confirmará, sin duda, el examen de la reproducción que publicamos. A los que no puedan, empero, apreciar las condiciones que ha de reunir una estatua de más de siete metros, para ser expuesta a sesenta de altura, les suplicaremos que reserven su fallo hasta tanto que puedan apreciarla en su debido sitio. Únicamente entonces podrá estimarse lo que vale la estatua del Sr. Atché: si alguno se la critica en el taller, conteste lo que Rembrandt a sus críticas:

- Mi estatua ha sido hecha para *vista*, no para *oída*.

EL CONGRESO DE LA MODA
cuadro de A. Mandlidt

En España llamaríamos a este cuadro, no congreso, sino consejo, o consejo, pues en consejo o consejo de ministros se tratan las cuestiones más graves de la política palpitante. Tal es, precisamente la ocupación de esas tres damas, llamadas a decidir nada menos que sobre la buena o mala elección de una tela para vestido.

El autor ha tratado el asunto con toda la importancia que su argumento requiere, y de ello ha resultado un lienzo agradable y expresivo, que parece copiado directamente del natural. Es posible que la resolución tomada en ese congreso no altere el equilibrio europeo.

BARCELONA MONUMENTAL

Es achaque de la humanidad dar escasa importancia a las personas y a las cosas con las cuales estamos familiarizados desde la niñez. De hijo que ni César ni Napoleón fueron nunca grandes hombres para sus nodrizas, si las tuvieron. Las exterioridades de que se rodea comúnmente la majestad sorprenden con su esplendor a los provincianos; de ningún modo a los hijos de la corte, que están habituados a ellas. De la misma manera, las construcciones monumentales o meramente notables nos impresionan en el extranjero, al paso que desapercibimos otras no menos importantes o no menos bellas en la ciudad de nuestra habitual residencia.

De aquí resulta, aplicando el hecho a nuestra amada Barcelona, que el extranjero y el forastero sepan más de nuestra población que nosotros mismos, o que no demos a lo que nos rodea la importancia que a lo mismo, quizás en peores condiciones, damos cuando ejercemos de *touristes* más o menos pretenciosos. No es Barcelona una ciudad morisca como Granada, ni monumental como Viena, ni vasta como Londres, ni típica como Venecia, ni vistosa y galana como la capital de Francia. Pero esto no impide que, aun aparte de sus buenas condiciones climatológicas y sus mejores condiciones topográficas, tenga mucho y bueno de que ufanarse, ora hagamos de *cicerones* a través de la ciudad antigua, ora llevemos nuestros pasos a las nuevas calles del ensanche, que podrán competir con las primeras de Europa.

Como buenos hijos de la ciudad de los Condes y aun como artistas nos hacemos un deber de popularizar y extender la reproducción de nuestros monumentos y edificios públicos: ellos darán una idea de lo que Barcelona vale a los muchos que la desconocen; ella nos convencerá de lo bueno que, contiene a los que de puro enterados, apenas le hacemos caso.

EL PARQUE DE BARCELONA

Quien viniera a Barcelona al cabo de veinte años de no haber estado en ella, buscaría en vano aquella célebre ciudadela construida a tenor de los principios de Vauban, con que plugo a Don Felipe V tener dominada la que él llamó ciudad rebelde. La fortaleza no existe; restan de ella algunos cuarteles, llamados a convertirse en museos; donde se levantaban baluartes erizados de cañones, son de ver al presente montículos coronados de arbustos, o mansas aguas que se deslizan murmurando apenas; donde ayer hubo un calabozo se encuentra hoy un *parterre* o una cesta colosal repleta de flores; donde multitud de infelices prisioneros exhalaban sentidas quejas o rezaron las plegarias de la agonía, hoy cantan alegremente los pájaros, volando de rama en rama con la libertad del ave, tantas veces, ¡ay! envidiada por las víctimas que desde la sombría *Torre* salieron para el lugar del suplicio por la Puerta del Socorro o por el Rastrillo de la Explanada. El Parque de Barcelona es el ejemplo más fehaciente de las diferencias que separan lo pasado de lo presente, el día de ayer del día de hoy.

Esta transformación parece cosa de magia; pero lo cierto es que el encantamiento fué debido, en mucha parte, a un hombre de carne y hueso, de carne é hierro dijéramos mejor, al general Prim, que de

manera tan liberal quiso demostrar el amor que profesaba a Barcelona. Esta le ha correspondido erigiéndole un monumento a la entrada del Parque, que en rigor debiera llevar el nombre del héroe legendario de los Castillejos.

En este agradable sitio y en sus vastos anexos ha dado cita nuestra ciudad a las artes é industrias universales para que exhiban sus fuerzas en la noble contienda del certamen. *A tal señor, tal honor*, dice un refrán francés; y héte a Barcelona reclamando para su Parque la fama que Viena conquistó para su *Prater*.

Nosotros, que contribuiremos con todas nuestras fuerzas al mejor éxito de la próxima *Exposición Universal*, sin discutir fuera de tiempo su mayor ó menor oportunidad, creemos agradable é interesante a un tiempo dar a conocer los detalles del *Circo* en que ha de luchar el genio del progreso sobre el terreno en que imperaba no há mucho el ángel malo de la fuerza.

EL PASTOR, cuadro de Franz de Leubach

Todos nuestros lectores conocen sin duda la anécdota de los dos poetas, que a la vista de un arrapiezo, tranquilamente dormido sobre una piedra, escribieron, el uno: - O la cabeza es de bronce, ó la piedra es de lana. - Cuyo pensamiento completó el otro poeta, añadiendo: - ¿Qué más bronce que no tener años once, ni qué más lana que no pensar en mañana?

Pues he aquí *el pastor* de Leubach. No se puede dormir más á rienda suelta, ni cabe envidiar sueño más profundo y tranquilo.

¡Quién fuera pastor!... si todos los pastores durmieran realmente este sueño.

EN LA PUERTA DEL HERRERO
cuadro de H. Jochemuk

Análogo asunto ha inspirado á diversos artistas. ¿Tiene algo de particular para ello? No se nos alcanza. Ciertamente permite agradable contraste en las figuras y que el aficionado a pintar caballos encuentra un modo natural de hacerlos figurar en el lienzo. Quizás sea esta una razón, como también puede serlo que el autor se sienta inclinado a la Escuela holandesa, que sobresalió en esta clase de composiciones.

De todos modos, el cuadro que publicamos es notable por la buena disposición y feliz dibujo de los personajes. El autor ha dado visible importancia a los caballos, sin duda por su destreza en pintarlos.

UNA VIÑA ROMANA

(Conclusión)

V

BAJO DE UNA MALA CAPA...

Era pobre, porque en Roma hace 50 años todos eran pobres menos los primogénitos, y él no era primogénito. No estudió carrera porque sólo había una posible: la Iglesia... y él no tenía vocación.

No se casó con una rica heredera de pozos de petróleo en América porque no la halló á mano, y además su carácter aventurero le llevaba por otro camino.

Aprendió sin estudiar, por buen sentido, por instinto, leyendo poetas antiguos y visitando ruinas.

Durante muchos años no debió hacer nada bueno. Era gastador y calavera y no tenía dinero. Además amaba con frenesí la libertad. Por esto se le cerraron muchas puertas.

Un día necesitó dinero. Cazar ó jugar no es carrera para un caballero que tiene novia y quiere casarse.

Entonces se dedicó a pensar y encontró una idea: la de explotar un terreno extrayendo antigüedades, que por entonces se pagaban á peso de oro. Pero ¿dónde hallar el terreno y dinero para los gastos?

El terreno por fin pareció, después de un serio estudio de cálculo de probabilidades complicadísimo.

El dinero también.

¿Dónde?

Vayan Vdes. á saberlo.

Las obras comenzaron.

A los 20 metros aparecieron mosaicos romanos.

De una zanja salió una vestal sonriente. De otro agujero un emperador de la decadencia de fisonomía fosca y brutal, como si temiera, al ver la luz, hallarse de nuevo frente á frente de los pretorianos que le partieron el corazón á puñaladas.

La vestal se fué al museo; el emperador, vestido del más raro jase oriental, marchó de incógnito á Rusia.

Con aquellos fondos la excavación comenzó á tomar carácter.

El caballero tiró el azadón, que de hilo de Ariadna le sirviera para llegar á la fortuna, y llamó hábiles operarios.

Un mes después había aparecido la casa de Polión completa, con su impluvium y su pórtico, su tablinum y su triclinum preciosamente pintados; con sus suelos de mosaicos admirables, y más acá y más allá profusión de estatuas, bajo relieves, bloques de pórfido, malaquita, lapislázuli, armas y sarcófagos.

Un suelo que se hundió reveló la existencia de nuevas catacumbas llenas también de preciosidades del arte incipiente de los cristianos primitivos, de reliquias, de cosas sagradas.

El asunto se hizo público.

Las puertas de la villa se abrieron primero á los anticuarios, luego al Papa y los prebostes; después al público. Los reyes y emperadores que pasaban por Roma se apresuraban á visitar la excavación, por entonces de las más famosas.

El oro se amontonaba en las arcas del caballero. La familia de la novia comenzaba á encontrarle excelentes prendas para marido.

Sobre su pecho llovieron condecoraciones de todos los

países, y sobre su cabeza diplomas de todas las sociedades sabias.

Al empezar á ser rico, comenzó á hacerse célebre y la gente cayó en la cuenta que tenía talento.

Todo le sonreía; el mundo era suyo; pronto sería feliz, marqués y millonario, cuando... cuando una mañana le avisaron que no se podía continuar una excavación porque había aparecido un manantial. Se suspendió aquella y se continuó en otra parte; pero á los 20 metros el agua reapareció.

Entretanto, poco á poco, la casa de Polión se anegaba. Ya había un pie de agua sobre el mosaico del suelo.

Era fin de verano... el mes de agosto. La fiebre se declaró entre los operarios. Sólo el caballero sostenido por su indomable energía quedó en pie, y trabajando furiosamente, hasta mediados de setiembre, que le atacó la pernicioso dolencia. Cuando un mes después volvió á la villa, aquello era un desastre.

Las excavaciones estaban con metro y medio de agua; los estucos se caían á toda prisa; los juncos y los lirios de agua, las zarzas y las hiedras invadían á paso de carga aquellos sus futuros dominios.

Se hizo venir una máquina de vapor de gran potencia para extraer el agua. Pero según salía por un lado, entraba por otro.

Todo lo que la ciencia aconseja se hizo infructuosamente. Se abrieron zanjas y más zanjas, se buscó el medio de expulsar á aquel incómodo huésped, pero el agua siempre crecía.

Un invierno rudo y muy húmedo acabó la obra de destrucción...

Los dineros se gastaron en esfuerzos supremos para deshacer el capricho de la naturaleza.

Un día se acabaron los recursos... aquel mismo, cuando el caballero llegó desesperado á casa de su novia, halló la puerta cerrada. Insistió en entrar, y los criados le insultaron.

Aquello había concluido al compás de sus esperanzas de fortuna.

La pobreza entró en la villa con su obligado cortejo de desazones.

La hierba y los matorrales invadieron los cuadros del jardín, como antes el agua el fondo de las excavaciones.

Luego vino la miseria, la miseria pequeña, absorbente, cínica, horrible del pan de cada día, y la lucha comenzó de nuevo.

De nuevo el caballero asió del azadón; no ya para sorprender al pasado sus secretos y arrancarle sus joyas, que yacían dormidas en el oscuro seno de la tierra; no ya como varita mágica, que cuanto tocaba se trocaba en oro... á aquella tierra ya sólo se le pedía un poco de jugo para la viña nueva, un poco de alimento para engañar el hambre. No era la lucha grande por la ambición, era la mísera lucha por la existencia.

Y así pasaron días amargos, días de soledad y de tristeza. No es fácil, cuando se ha vivido con la frente en las nubes, como el águila real, aceptar de repente, con paciencia, la vida del pobre gusano de la tierra.

- Poco á poco, - concluyó el caballero, - perdí las preocupaciones, que son, en la pobreza, la miseria de las miserias, y desde entonces casi soy feliz. ¡Se necesita tan poco para vivir y sustentarse cuando se desayuna uno con un *me ne frego* y se cena con otro *me ne frego*!

Nada me importa; nada me preocupa: trabajo cuando quiero, es decir, rara vez; pienso mucho, leo algo y entre estas ruinas tengo mi nido al lado del nido de las cornejas. Pasan los días sin dolor, las noches sin insomnio, y esta calderilla que dejan los borrachos es más de lo que necesito para vivir desahogadamente. ¿Qué me falta, ¡pues, á mí?

- ¿Y la novia aquella de su juventud? - pregunté yo á quemarropa.

- Una bruta como las más de las mujeres. Ha engordado y tiene patilla negra. Su marido es desgraciado... con mi carácter, esa mujer me lleva á la horca. Empezó por creer que yo era un imbécil, so pretexto que la naturaleza me venció en lucha titánica, y jella se deja vencer por sus mezquinos vicios!

El caballero cesó de hablar, encendió su pipa y siguió con nosotros, caminando lentamente hacia el portillo de salida.

Nosotros guardábamos silencio; no queríamos romper el encanto de aquellas amargas revelaciones con una pregunta tonta de estilo diplomático, es decir, fuera de lugar.

Cuando pasamos el portillo y nos hallamos en medio del camino, en el fondo, entre la espesura de los árboles, se distinguían las destrozadas torres y galerías del Septizomio, teñidas de tonos purpúreos como el espléndido cielo que tenían detrás, la línea oscura de cipreses que hoy ocupan el solar de la que fué *Domus Augusta*, fragmentos del acueducto de Claudio, y á la izquierda la colosal ruina de las Termas.

- Pues os equivocáis, - nos dijo de repente el caballero, adivinando lo que por mis mientes pasaba, con ese instinto de agudeza latino, que es la quinta esencia de la lógica. - Os equivocáis, repito.

Yo no odio la naturaleza, ni siquiera el elemento cruel que agüó todos mis planes; es más para mí la naturaleza, es la vida, el libro universal que todo lo sabe, la ciencia divina de la poesía, que todo lo embellece. En ella vivo y ella vive entera en mi alma ocupando el lugar de los afectos que acabaron, de la fe que no tengo, de las ambiciones y vanidades que tanto espacio abarcan dentro de otros hombres. Si un día me aniquiló, hizo bien, que si me quitó vulgares realidades que muchos tienen, me dió



EL CONGRESO DE LA MODA, cuadro de A. Mandlitt

en cambio, abriéndome los ojos á la luz, esta filosofía in- destructible y eterna que tienen pocos.

Mirad, ¿veis esas torres? Pues son las torres de los palacios de los Césares. Al pie de esos cipreses alzó el primer emperador su lujosa morada; Tiberio, Calígula levantaron en torno soberbios pórticos, magníficos salones; Nerón, en su egoísmo salvaje, derribó cuanto encontró á su paso para que ese palacio, su *Domus Aurea*, llegase al Esquilino y al Viminal y ocupase más de 18 millas; Domiciano construyó otro suntuosísimo; ese monte Palatino reunía ya en sí solo más bellezas que juntas existían en todos los palacios del orbe, cuando los emperadores africanos, en aquella época ya decadente en la que el arte cedía terreno al tamaño, alzaron ese colosal Septizomio, la Palestra y los nuevos enormes palacios que tenéis delante.

Pues bien, ¿qué queda de tanta positiva y maciza magnificencia? Ruinas destrozadas, polvo impalpable para el vulgo; para mí, para los iniciados, que vivimos hacia dentro, un universo de recuerdos y de poesía arrebatadora... la revelación...

Esos mismos acueductos que los bárbaros rompieron, cuyas aguas perdidas dan á estos contornos la siniestra melancolía del país de la fiebre; que invadieron mis dominios, que agostaron en flor mis esperanzas y me arruinaron, son caros á mi alma, son los testigos vivos de mis recuerdos de los muertos.

¡Estaba escrito!

Soy romano y pago por los crímenes que mis mayores cometieron muchos siglos después de cometidos; pago las proscripciones del triunvirato; pago la vergüenza de mi pueblo cruel, sin dignidad, que aceptó tiranos, los ríos de sangre del Colosseo, los 6,000 esclavos que á lo largo de esta vía Appia crucificó Craso...

¡Y sin embargo, Roma era grande!

No leáis quejas en mis palabras; no hay quejas, sólo hay melancolía y concentración, es mil veces más bella aquí, entre los recuerdos de tantas pasadas grandezas, hojeando de continuo el inmenso libro de la filosofía, escrito en esos muros y en este suelo, que la de ningún potentado del universo, allá en lejanas ciudades bárbaras, entre líneas rectas y libros mayores.

¡Adiós, adiós, amigos! ¡Sólo Roma es grande!

VI

LA NOCHE

Ya era noche.
La luna alzaba su pálida faz por detrás de las Termas.
El camino, solitario y tranquilo.
En silencio marchábamos Enrique y yo, aspirando aquella atmósfera embalsamada de naturaleza dormida.
Pasamos por un bosque; luego bajo un arco de triunfo.
Una masa oscura, enorme y poderosa, nos cerraba el paso.

Era el Colosseo.
Entramos en él, ¡qué magnificencia
¡Oh, sí, razón tenía el caballero!
¡Sólo Roma es grande! Vale más la vida entre estos cadáveres de ruinas, que todos los placeres del agitado mundo.

LUIS DE LLANOS

LA HIJA DEL REY DE CÁDIZ

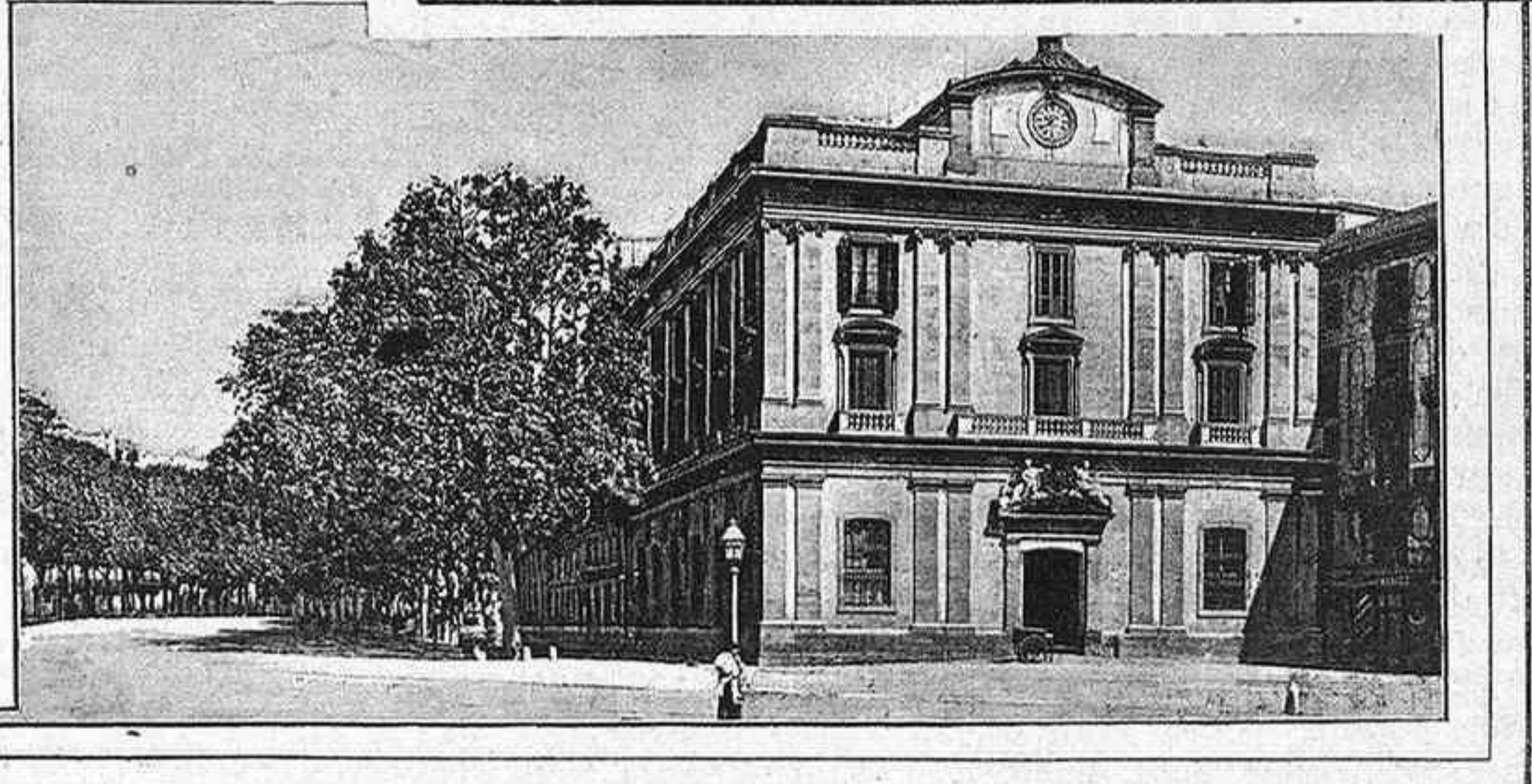
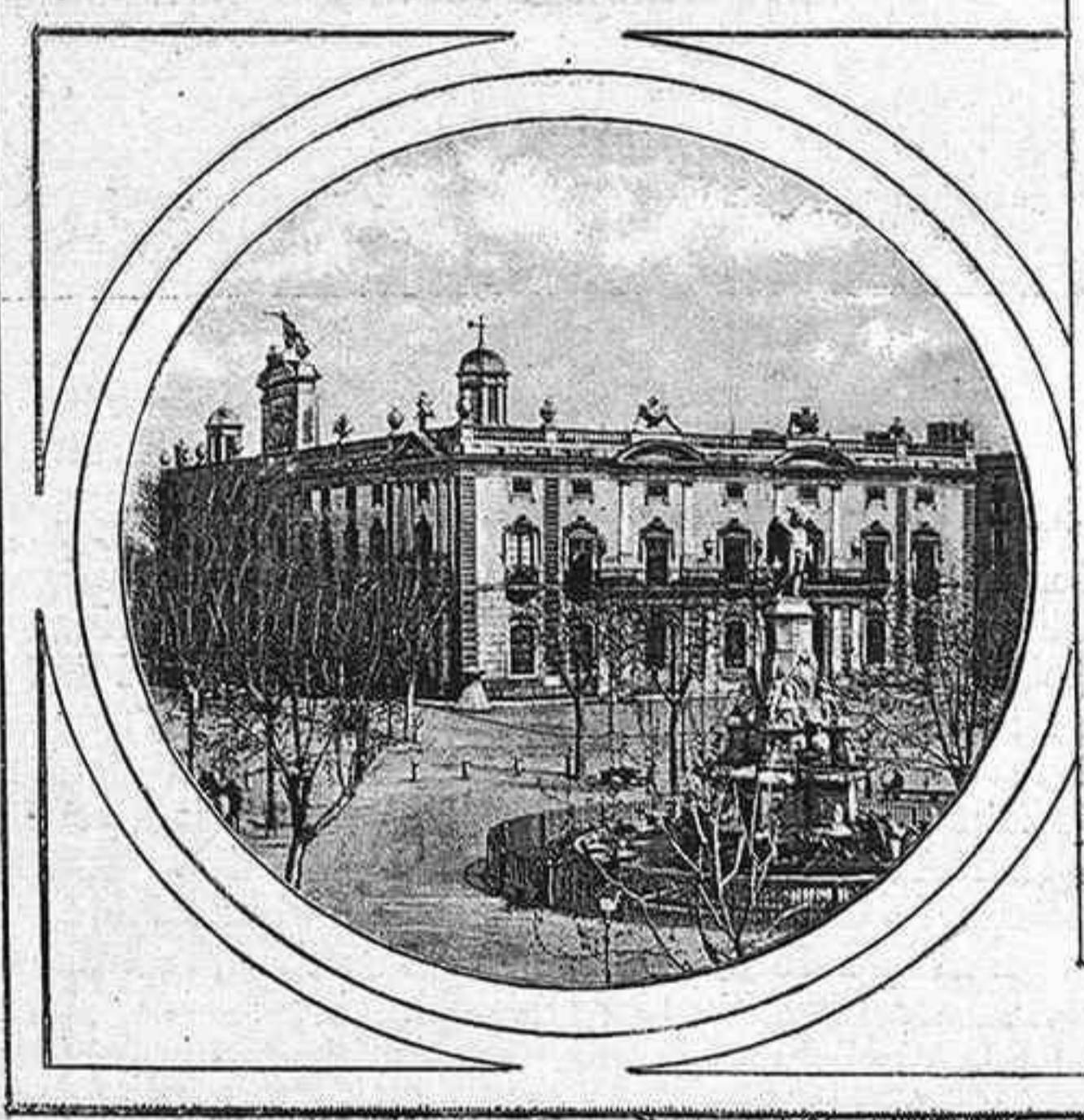
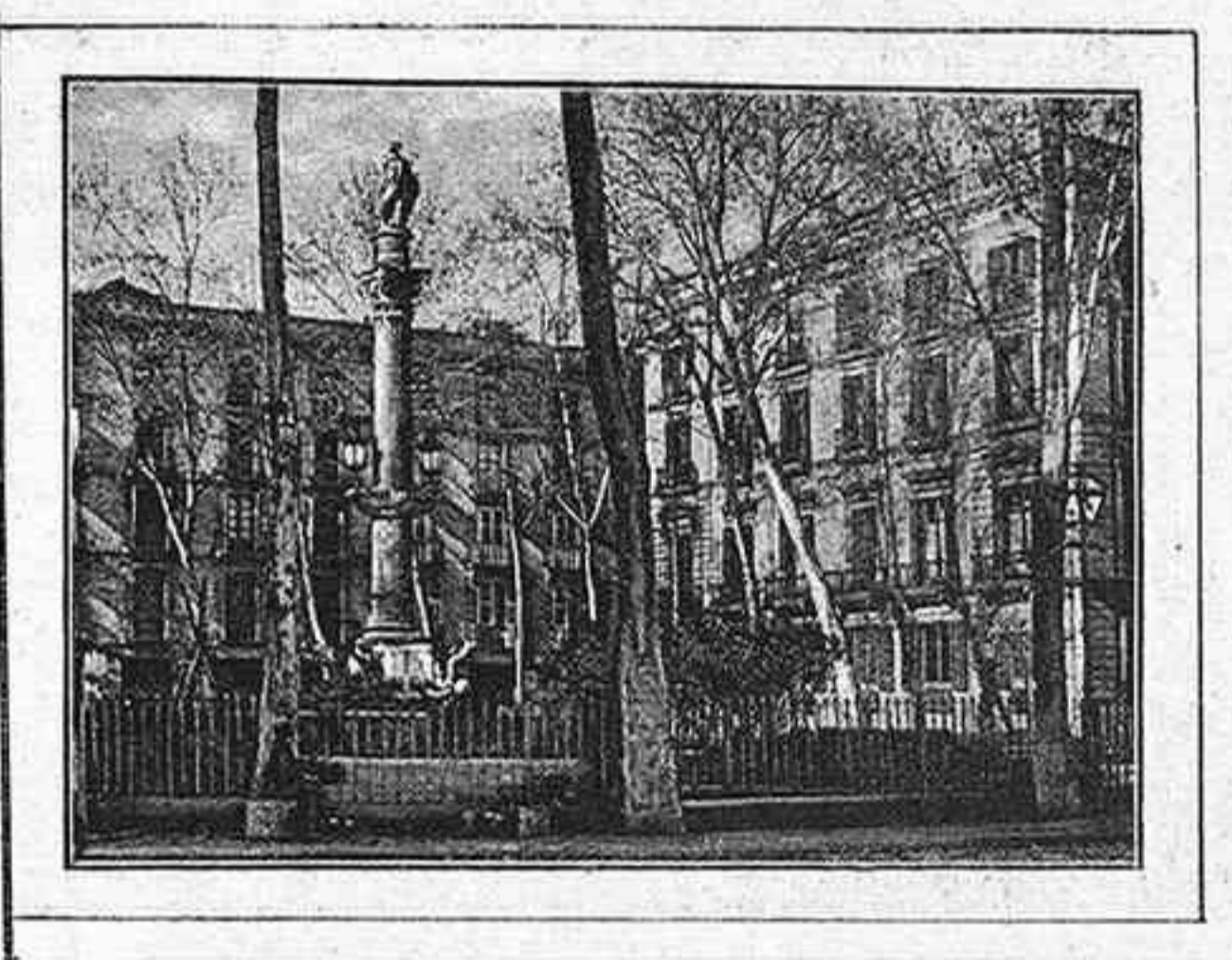
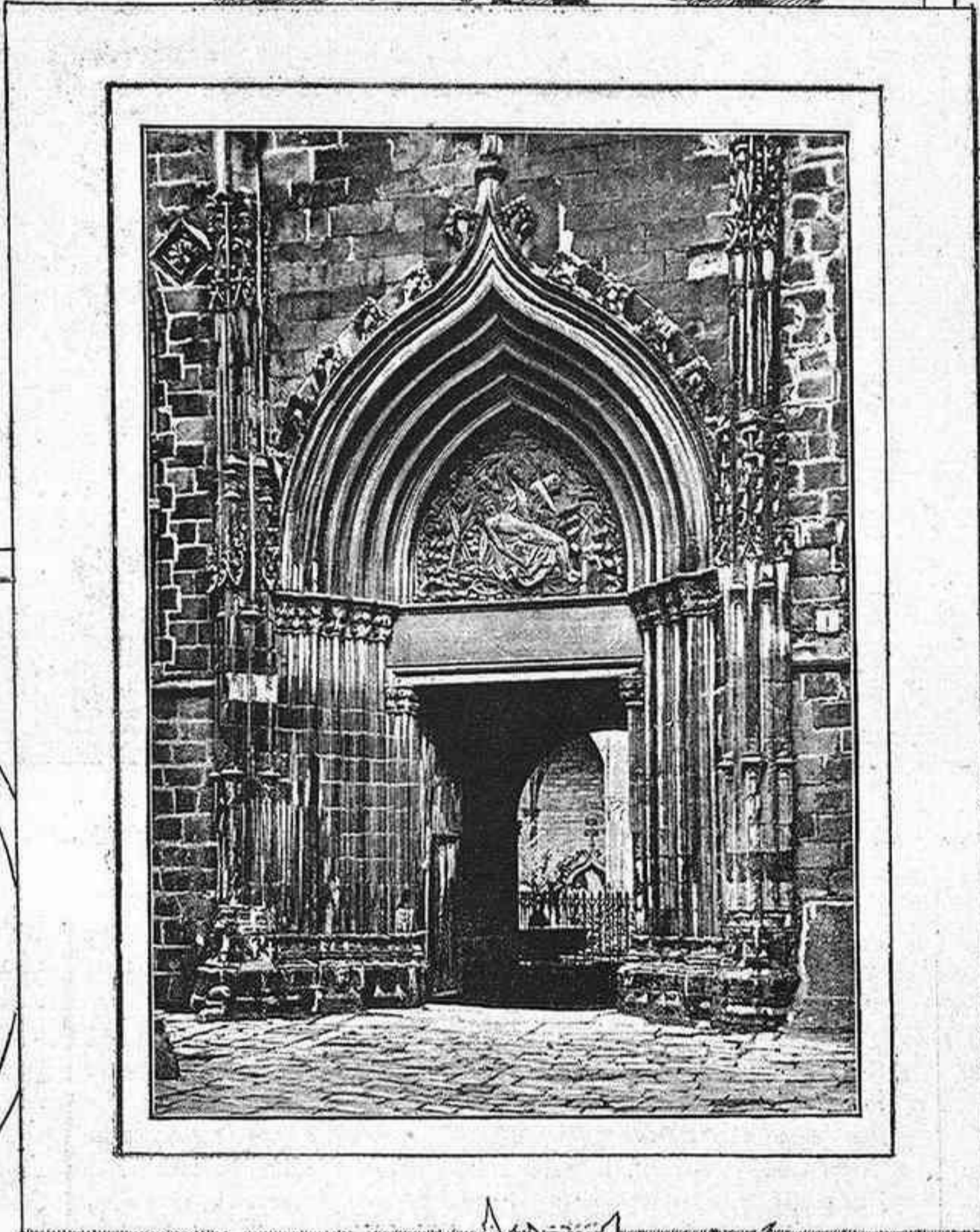
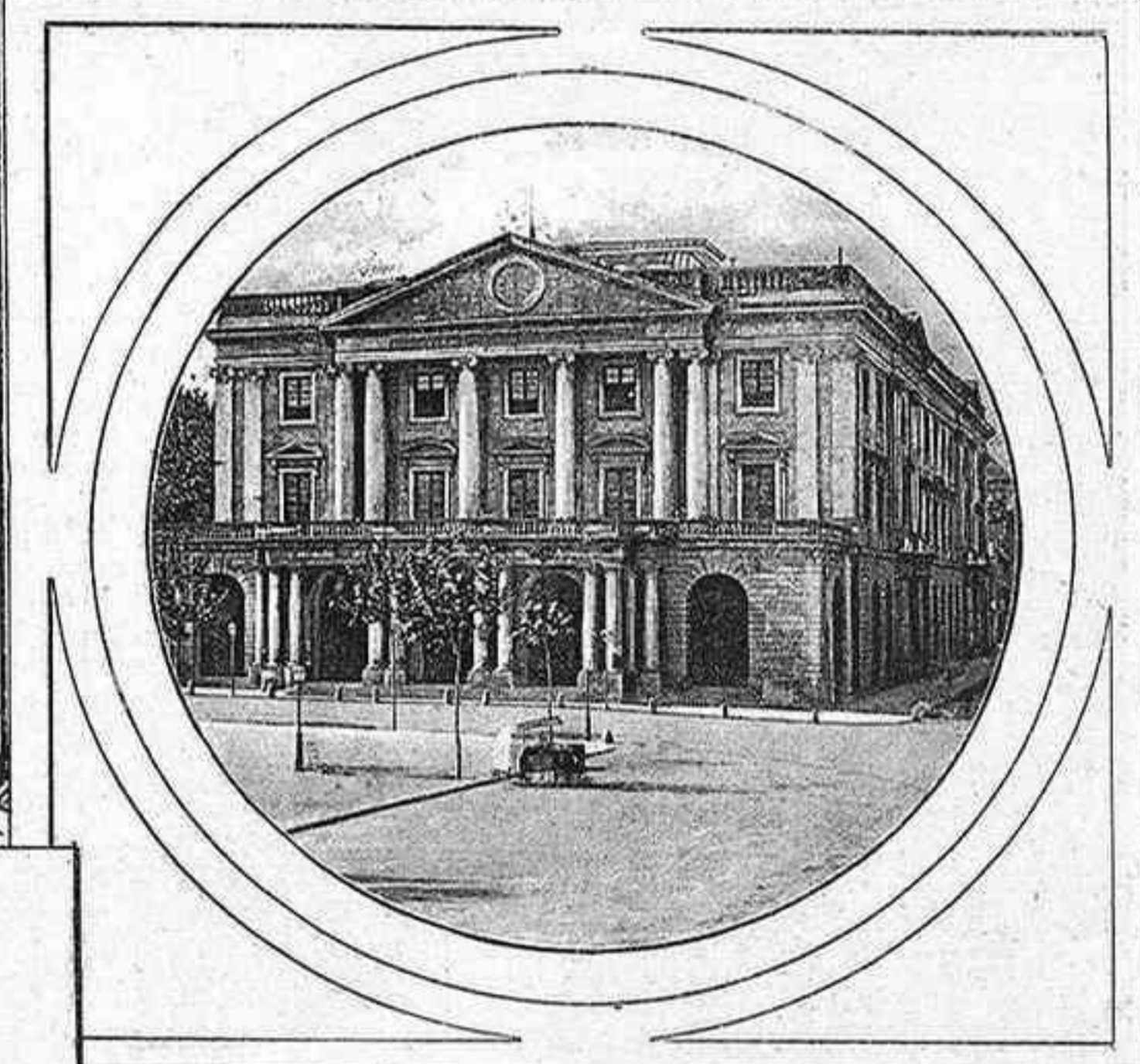
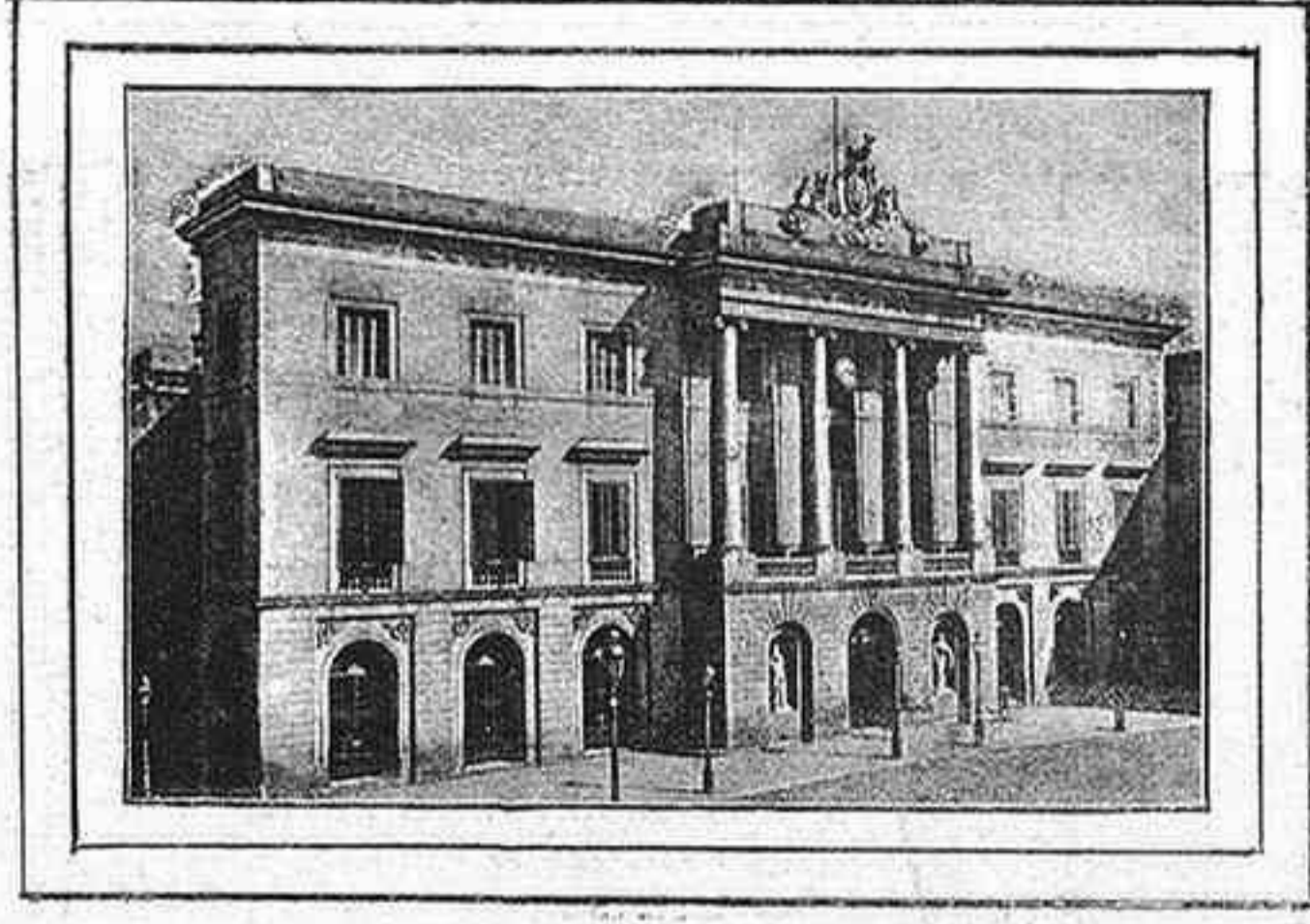
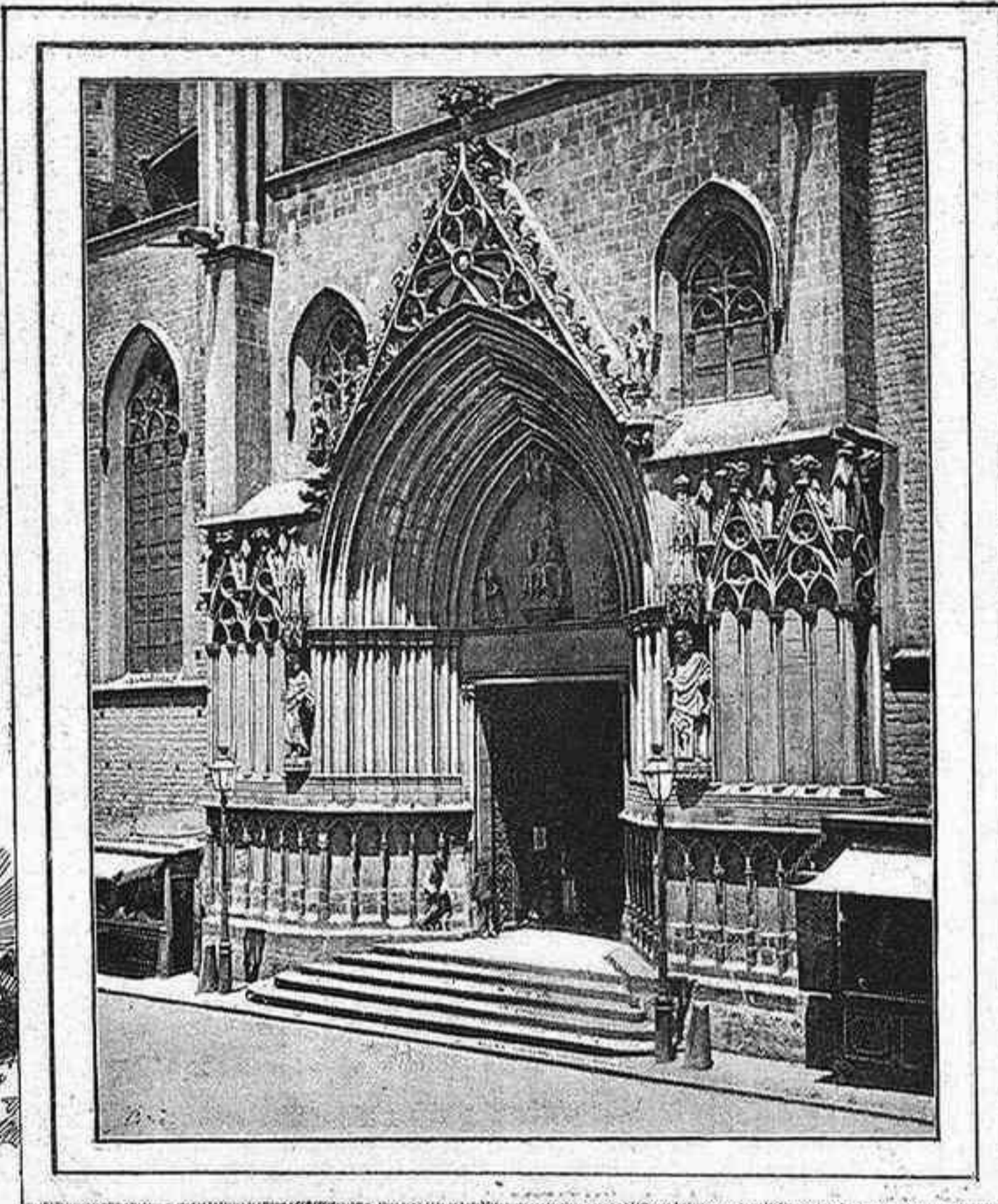
LEYENDA ARÁBIGO-ESPAÑOLA

Entre las deleitables leyendas con que esmaltar suelen los escritores arábigos sus memorias y relaciones acerca de las cosas de España, hay una que, transcrita por el ilustre biógrafo Abén-Jalicán en la *Vida de Muza Ben-Noseir* y por Yacub en su artículo topográfico sobre Cádiz, muestra un colorido local tan notorio, que no cabe colocarla entre las invenciones egipcias atribuidas á Al-Guaidi, antes parece recogida de tradiciones novelescas nacidas en nuestro suelo, cual espontáneo fruto de la imaginación de los antiguos españoles. En el cambio de producciones intelectuales entre el Oriente y el Occidente, donde se muestra el eco de la historia del Barmecida y de Harón Arraxid en la romancesca leyenda de Bernardo del Carpio, y las leyendas de los Reyes de Hira en el libro de *I Reali di Francia*, ha tocado más de una vez á España y á la docta Grecia el ofrecer el motivo de concepciones

novelescas árabes, según se muestra en las sabrosas tradiciones de los mozárabes españoles, conservadas por Edrisí y en la relación extraordinaria de las maravillas de la capital de los Atlantes descritas bajo la autoridad de Solón por el discípulo de Sócrates, alteradas después por los sarracenos en la peregrina conseja de la ciudad de Latón; descubriéndose por ventura el abolengo de la leyenda de Argantonio y de los novelistas helenos de la época de Alejandro en la que-vertida del arábigo al castellano, según las relaciones árabes mencionadas arriba, presentamos á nuestros lectores. Su texto es como sigue:

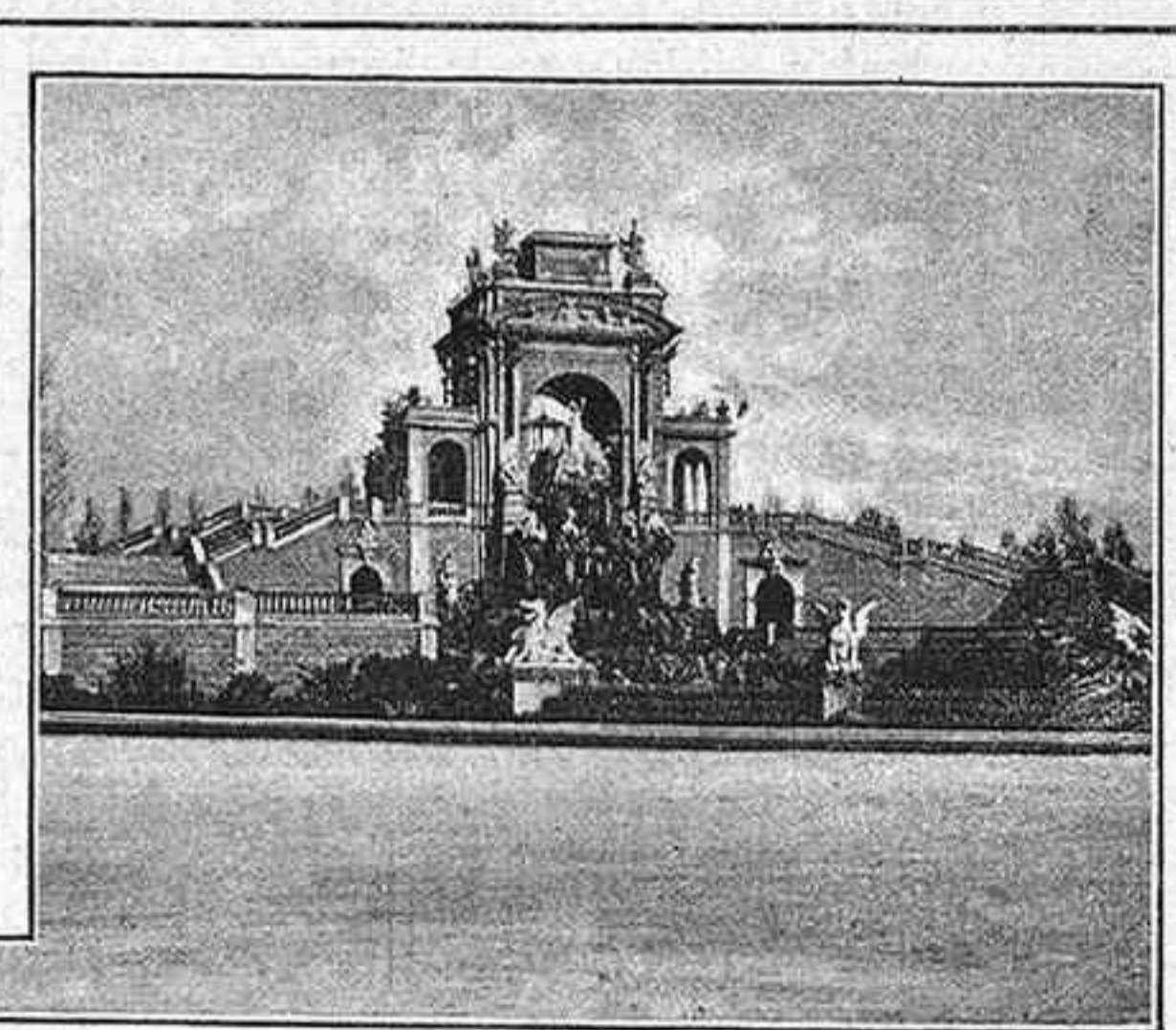
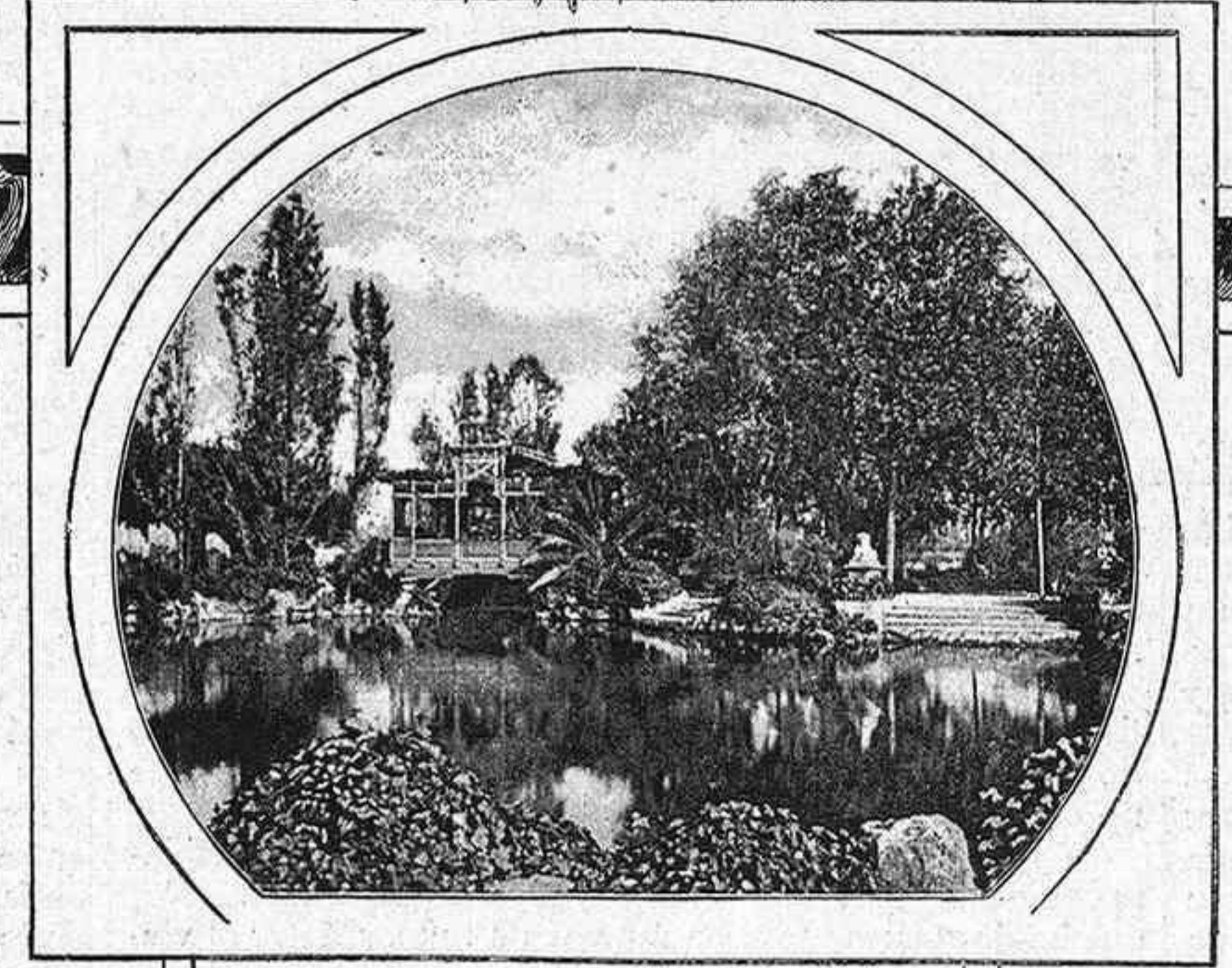
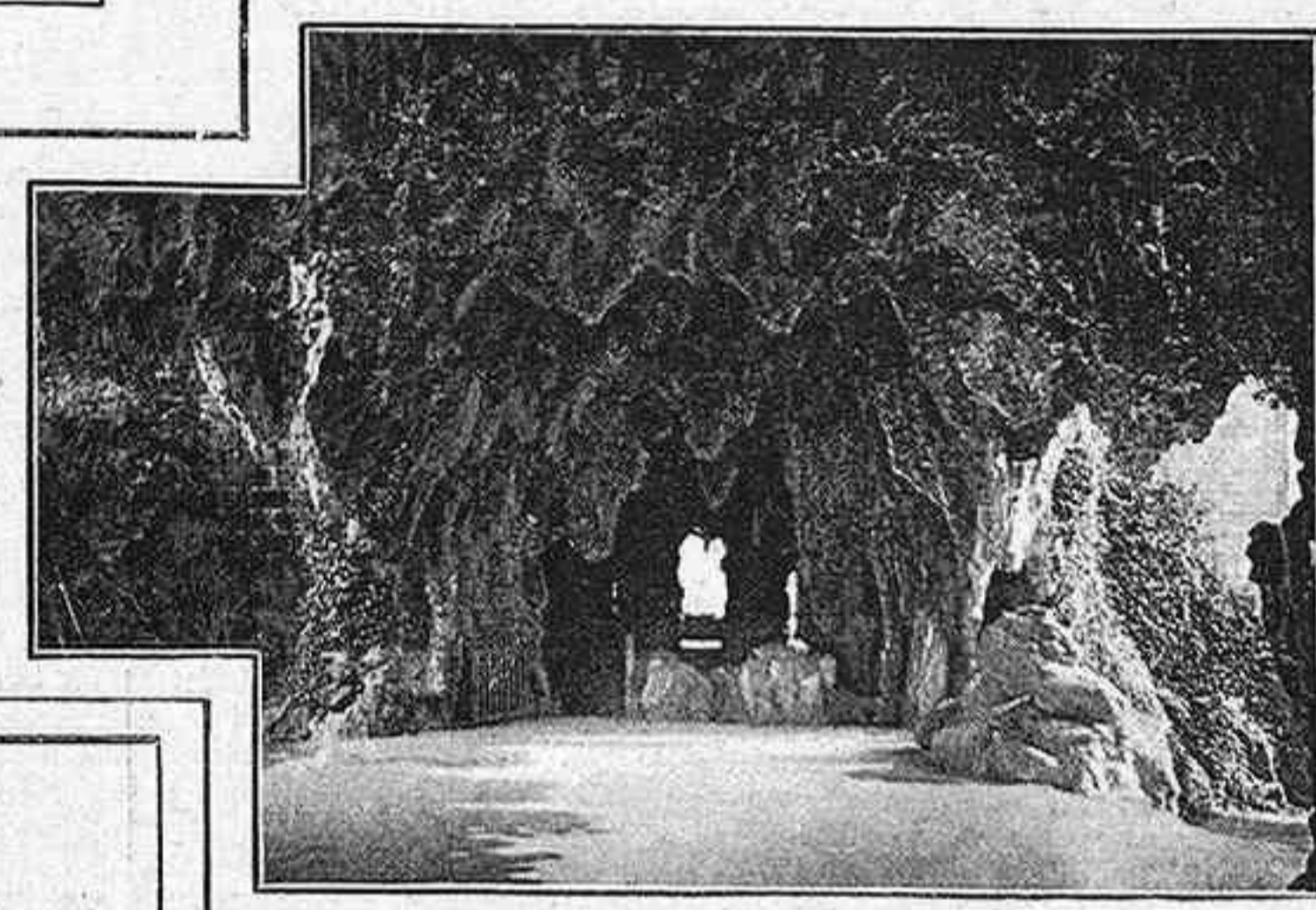
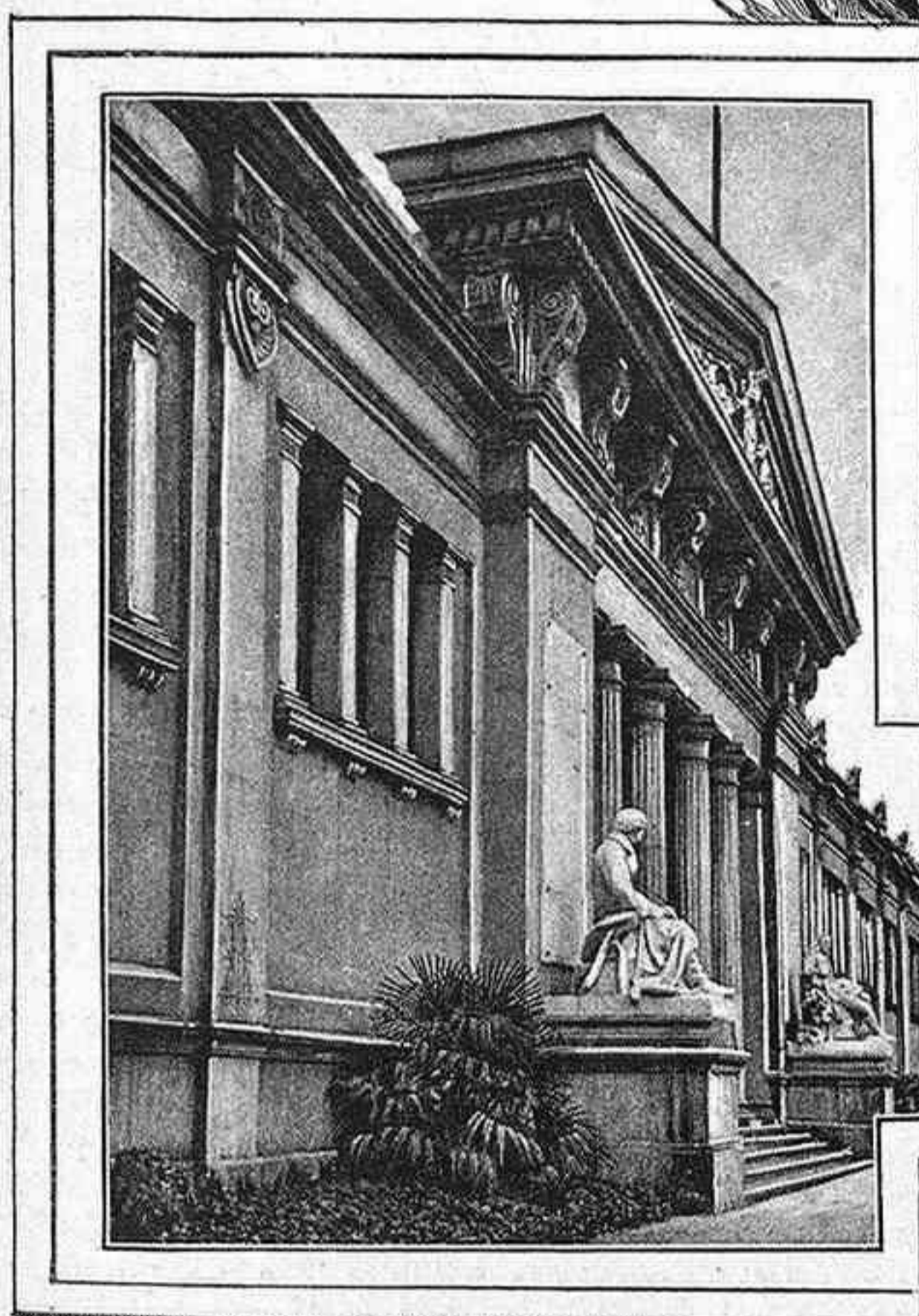
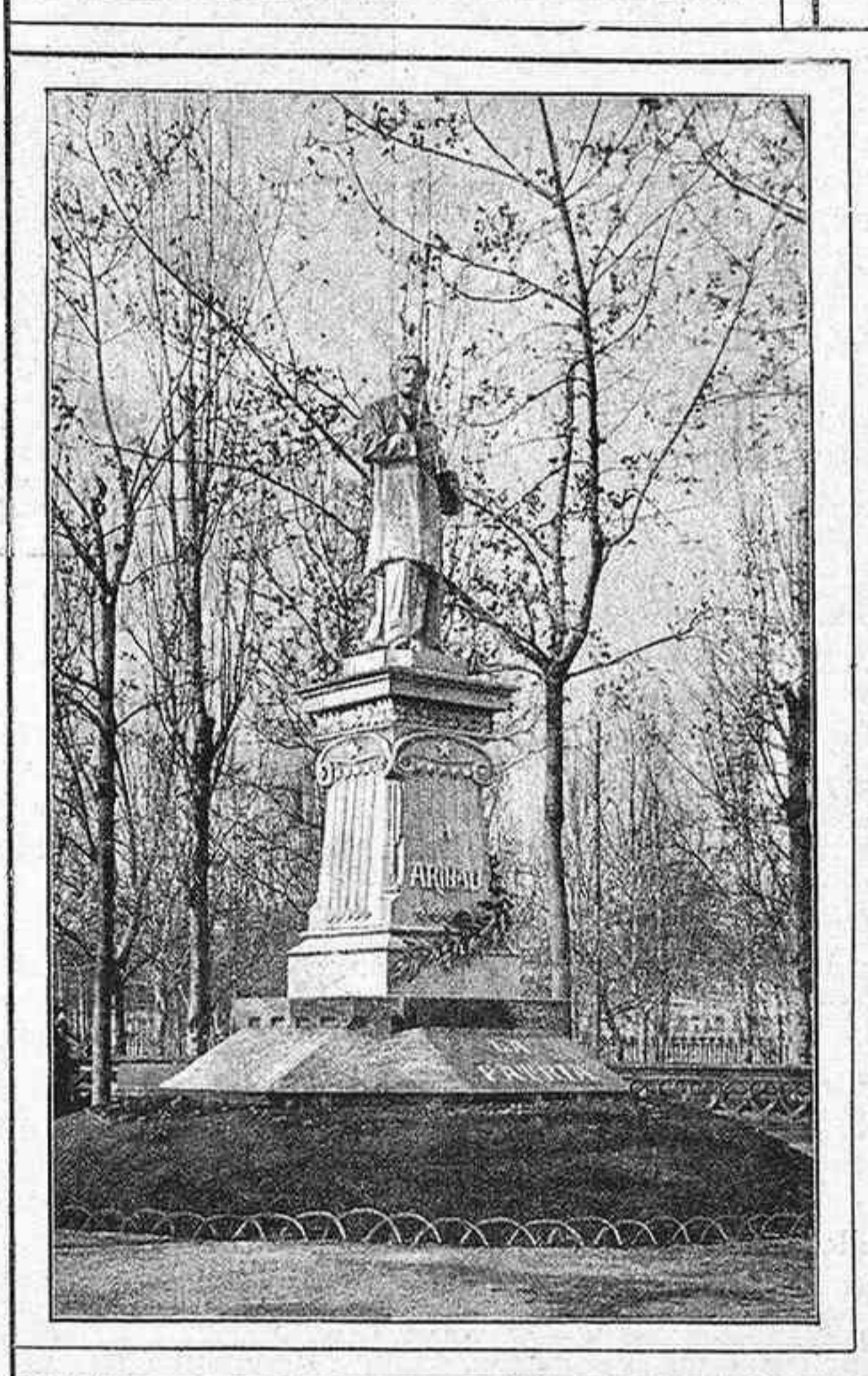
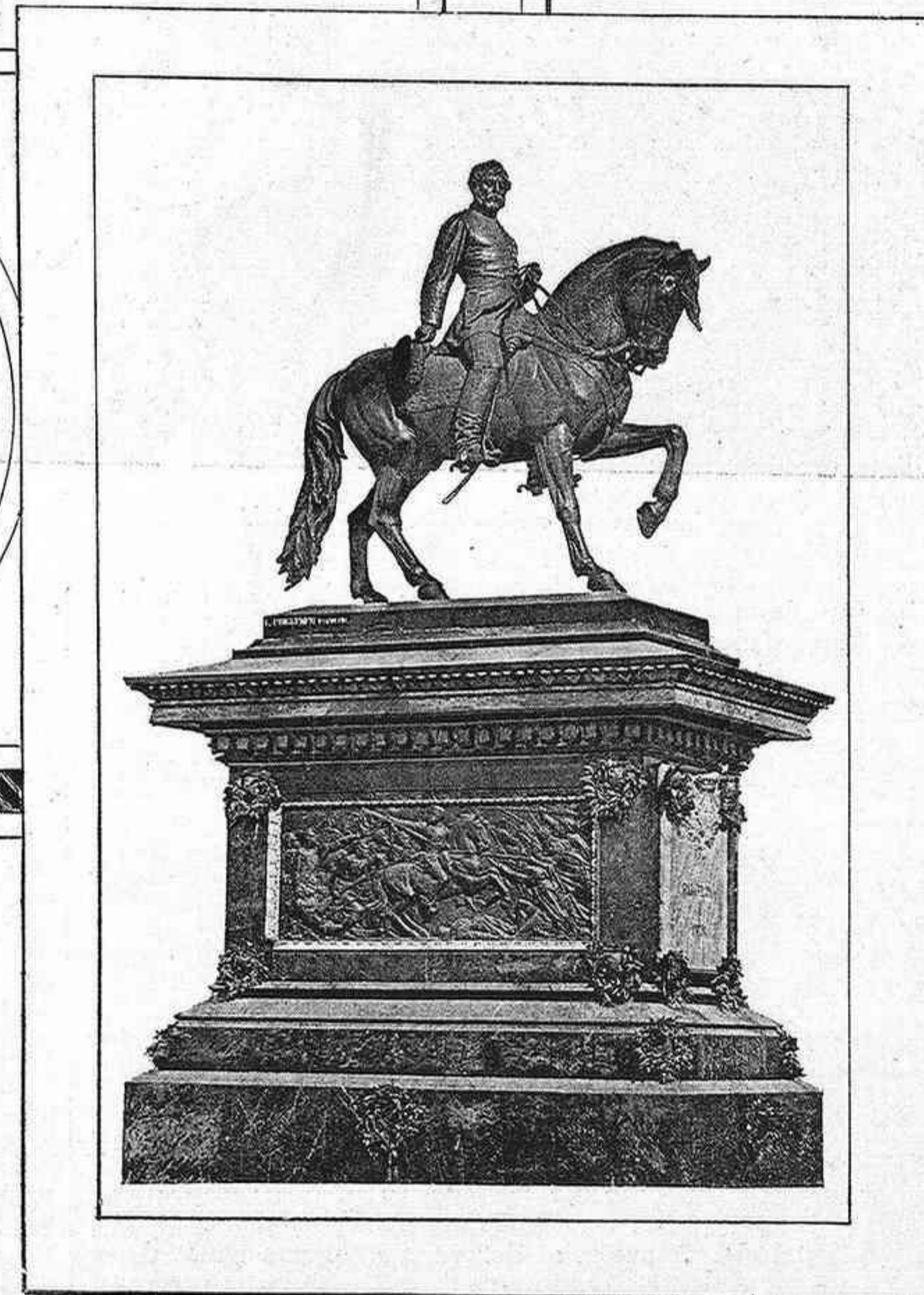
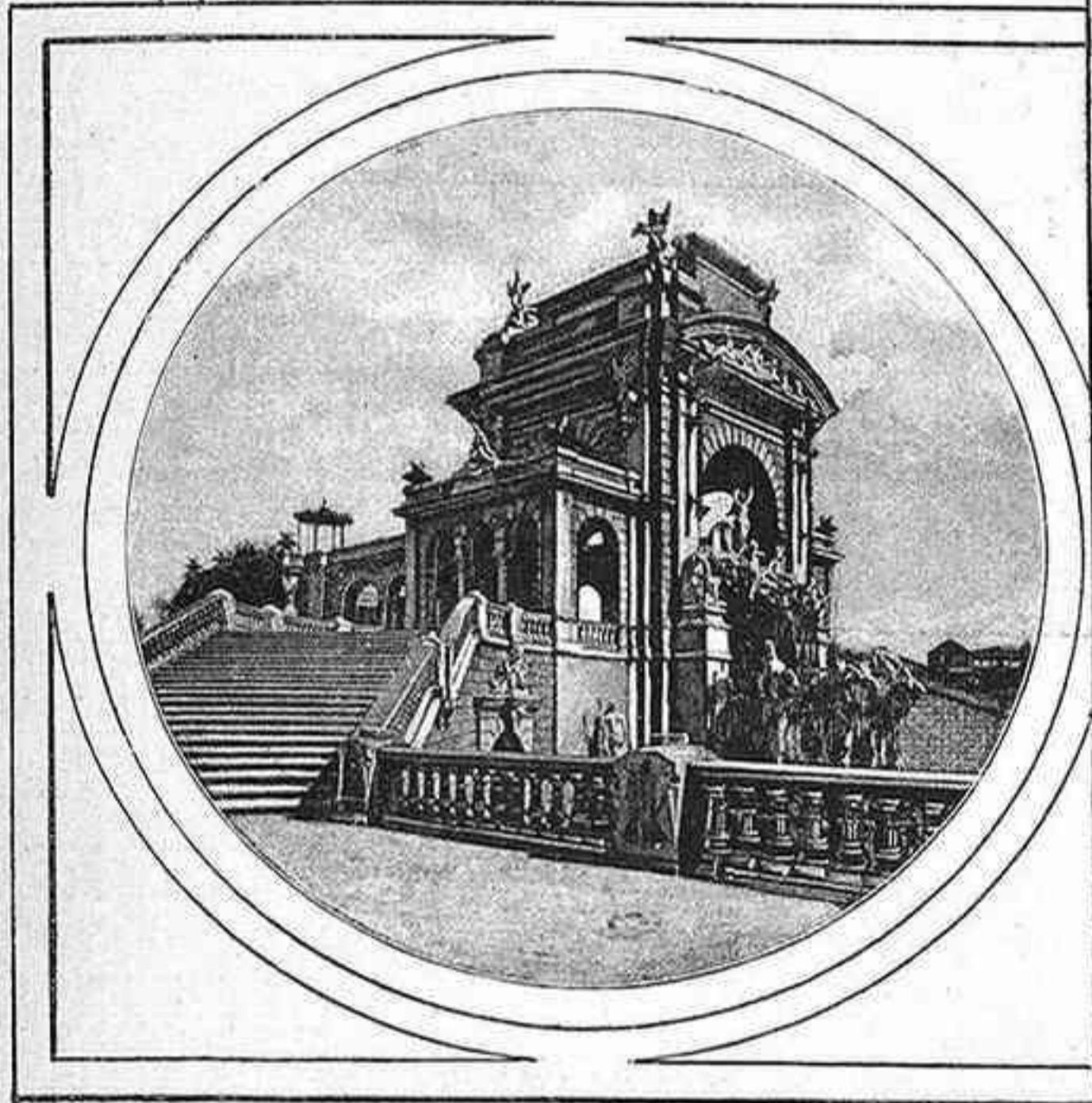
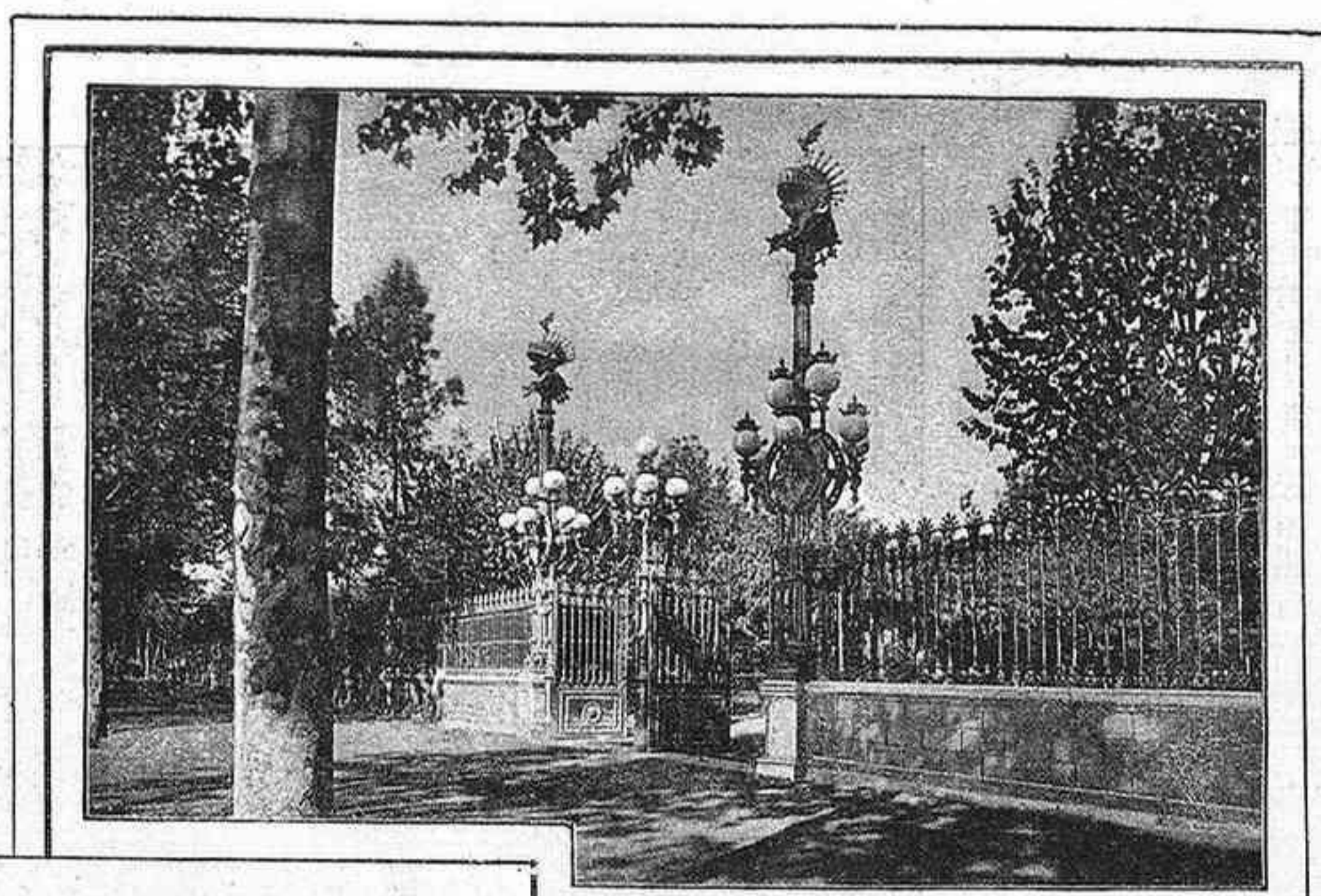
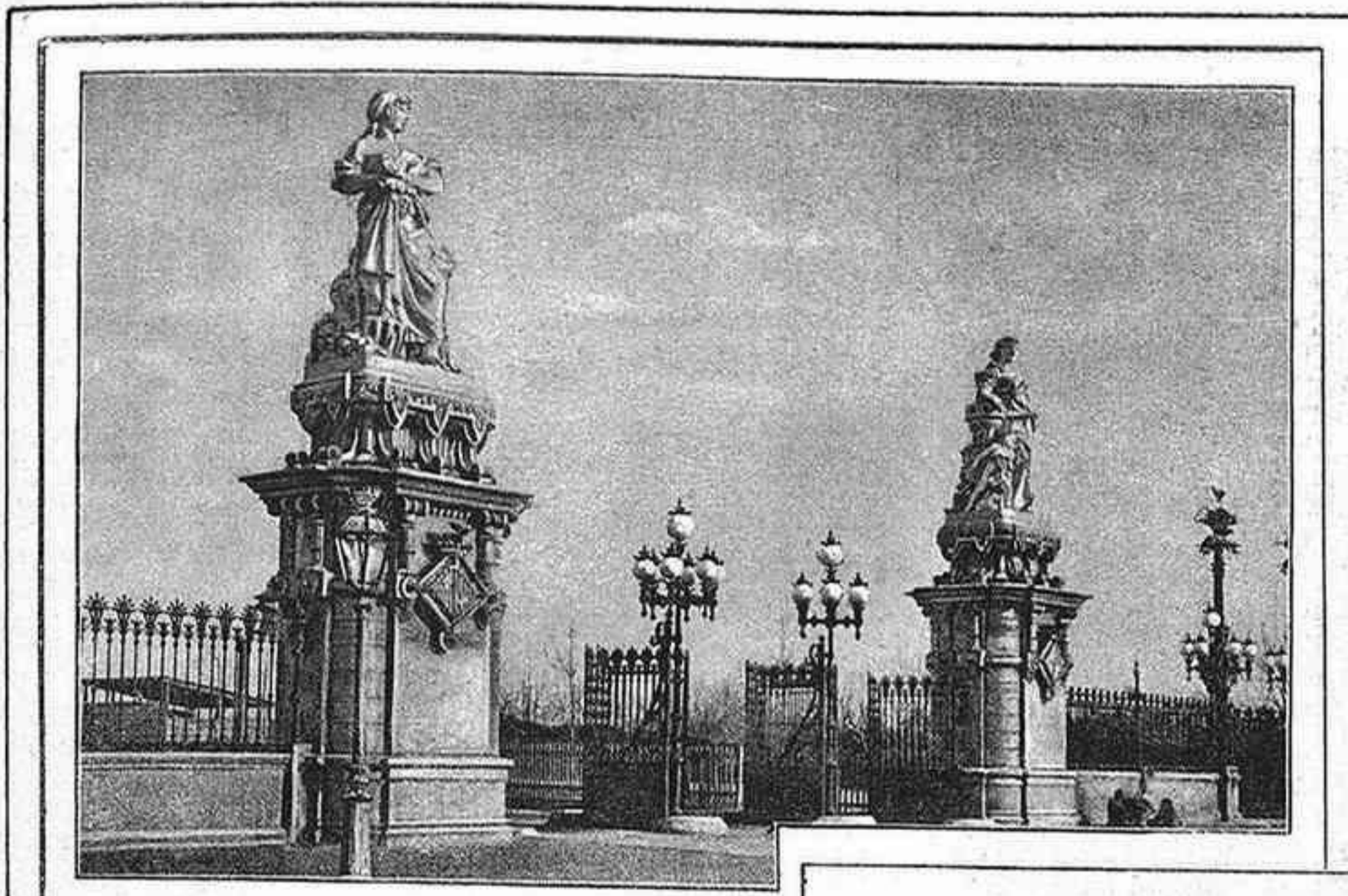
En la isla llamada Cádiz, situada á la banda occidental de la península de España, hubo un rey griego que tenía una hija de extraordinaria hermosura. La fama de belleza tan insigne llegó á los oídos de todos los reyes de España. Eran éstos, á la sazón, muchos, cada cual reinaba en una población, ó, á lo sumo, en dos inmediatas, pero todos se trataban entre sí como iguales. Pidieron en matrimonio los reyes de España la hija del príncipe gaditano, pero éste, que tenía dar motivo de resentimiento á los demás si se la otorgaba á alguno, permaneció suspenso muchos días. Al fin determinó á llamar á su hija, dispuesto á consultarla sobre el asunto. En el pueblo de que se habla era natural la sabiduría en todas las personas, así hombres como mujeres. No sin razón se ha dicho que la sabiduría al descender al hombre se ha establecido, según los diferentes pueblos, en distintos miembros y órganos del cuerpo humano. Situóse en los griegos en la masa cerebral, entre los chinos en las manos, por lo que toca á los árabes en la lengua. Pues presentada la doncella delante de su padre, le habló el rey de esta suerte: — Me halló, hija, en grave perplejidad. — ¿Qué causa la promueve? — preguntó ella. — Has de saber, infanta, que todos los reyes de España me han pedido tu mano y no sé qué hacer para dar gusto á uno sin incurrir en el desagrado de los otros. — Si lo dejáis á mi cuidado, — repuso la princesa, — creo poder libraros de sus quejas é importunidades. — ¿Qué pretendes? — interrogó el monarca. — Yo misma propondré condiciones, mediante las cuales debo casarme con aquel que las cumpla, y los que no viniesen en esto, no tendrán motivo para quejarse.

— Quisiera saber la estipulación que es de tu gusto. — Una principalmente; deseo que mi esposo, al par que rey,



BARCELONA MONUMENTAL

Palacio de la Excm. Diputación. - Monumento á D. Antonio López. - Aduana. - Teatro Principal. - Santa María del Mar. - Catedral, *puerta de la Piedad*. - Casas Consistoriales. - Casa Lonja. - Monumento á Galcerán Marquet. - Gran teatro del Liceo. - Banco de Barcelona.



VISTAS DEL PARQUE DE BARCELONA, DONDE SE CELEBRARA LA EXPOSICION UNIVERSAL

Entrada al parque por el Salón de San Juan. - La Cascada. - Museo Martorell. - La Vaquería. - Monumento levantado á D. Juan Prim, Marqués de los Castillejos. - Vista del lago. - Entrada al parque por la avenida del comercio. - Monumento á Buenaventura Carlos Arribau. - Entrada á la gruta. - La cascada, vista tomada desde la plazoleta.

sea un sabio. — Con efecto, escribió el rey á todos aquellos pretendientes reales, informándoles de que, dada cuenta á su hija de sus respectivas pretensiones se había encerrado en el pensamiento de no desposarse con ningún rey, á menos de que fuese también un sabio. Los que no aspiraban al dictado de tales, apenas leyeron la contestación, no se ocuparon más en el asunto; pero dos de aquellos príncipes replicaron que ellos se preciaban de sabidores. Cuando recibió el rey sus mensajes dijo á su hija. — Infanta, nos hallamos en el mismo estado que antes: hay dos reyes sabidores, y si escojo á uno por yerno, fuerza será el menospreciar al otro. — Respondió la princesa: — Pediré á cada cual de ellos una cosa distinta y prometeré desposarme con el que me proporcione el objeto de mis deseos en espacio más breve. — ¿Qué pretendes pedirles, hija mía? — En la isla donde habitamos se echan de menos molinos de los que giran por el impulso del agua. Propondré á uno de los reyes, que por mi amor los labre en ella, movidos por corrientes de frescas aguas traídas de las montañas del continente. Al otro le encargaré que labre un talismán, capaz de proteger esta isla contra las invasiones de los berberiscos.

Nada tuvo que objetar el padre á los propósitos de su hija, limitándose, en consecuencia, á dar noticia á los dos pretendientes, de lo que la infanta proponía. Ambos aceptaron el partido y cada cual de ellos, escogiendo el objeto que le pareció más de su gusto, puso manos á la obra. El de los molinos eligió grandes sillares de piedra y juntándolos los unos á los otros los dispuso de forma que arrojados en el mar sobresaliesen por encima de su superficie en el espacio que separa aquella isla del Continente. El lugar donde comenzó esto se conoce hoy con el nombre de arrecife de Ceuta. Rellenaba el alarife real, según su mejor entender, los espacios que quedaban entre las peñas, hasta que unió al continente africano la isla española, de que hablamos. Restos de estas construcciones se ven hoy día en el Estrecho, aunque suelen decir algunos españoles que tales reliquias son vestigios de un puente que mandó labrar Alejandro, para poder pasar de Ceuta á la isla: Dios sabe lo cierto. Cuando el sabio real concluyó de disponer las piedras en la forma apetecida, dirigió por ellas una corriente de agua, que tomó de un elevado depósito en las montañas de Ceuta, hasta desembocar en un canal construído en la isla española, donde labró molinos á las orillas del dicho canal. — Por lo que toca al soberano, que emprendió la labor del talismán, vióse retrasado en su obra quizá por aguardar alguna observación de las estrellas, que le indicase el momento oportuno para comenzarla. Fatigóse, no obstante, por cumplir su empeño, y construyó un edificio cuadrado de mármol blanco, sobre base de arena cerca de la orilla del mar, y para asegurar su solidez, procuró que su basamento se levantase mucho sobre la superficie de la tierra. Cuando juzgó que tenía el pedestal la altura suficiente, eligió cobre puro y de excelente calidad y, verificando la aleación oportuna, formó la estatua de un berberí. Tenía el personaje representado larga barba, cubría su cabeza pelo crespo y trenzado; bajo uno de los brazos tenía recogida una manera de capa ó alquicel, gallarda y sólidamente modelada, cuyos extremos parecían asidos por la izquierda mano. El calzado de sus pies era una especie de sandalias. Colocóse la estatua en la cúspide del pedestal que se había labrado, el cual era, en aquel punto estrecho y apenas bastaba á sostener los pies de la escultura. Levantábase dicho basamento á una altura de sesenta ó setenta pies, procediendo en disminución su ancho, hasta no tener más de un codo en la parte más alta. Tenía la estatua en la mano derecha una llave en actitud de señalar el mar Océano, y de decir: «No es lícito pasar más allá.»

Tuvo aquel talismán tal influencia que, desde que se puso allí, el mar opuesto jamás está en calma, y es de creer que si un berberisco navegase hacia el sitio donde se halla le caería la llave de la mano. En rigor, era indudable que el soberano que labró los molinos, había tenido ventaja en la empresa, pero lo disimuló cuidadosamente, so pretexto de completar ciertos adornos, para impedir que el otro inutilizase la parte comenzada de la suya, puesta la mira en poseer, al fin, el talismán y la princesa. En la mañana del día en que supo estaría terminado el talismán, dejó correr el agua, de forma que llegase á la isla y pusiera en movimiento los molinos. El autor del talismán, se hallaba en la parte más alta de la estatua, ocupado en pulirla y acicalarla el rostro, que era dorado. Cuando supo que el otro había concluído antes que él, sintióse presa de



EL PASTOR, cuadro de Franz de Lenbach

un desmayo, y cayó muerto desde la cúspide de la obra que afanosamente había labrado.

FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

MARINO FALIERI

POR DON CECILIO NAVARRO

(continuación)

El grupo de alegres jóvenes que acompañaban á Paolo compuso su actitud, y el mismo diablo que iba á proferir otro chiste, hubo de quedarse con la boca abierta.

El anciano Marino Falieri, el marido de Agustina Loredano, el severo é imponente dux con su luenga barba blanca y su rozagante púrpura, se acercaba majestuosamente al grupo, seguido de magistrados y pajes.

A cierta distancia se detuvo, guardó una pausa de silencio, y dirigiéndose luego á Paolo, le hizo esta pregunta: — ¿Es cierto, Paolo Farini, que no tenéis á las damas el respeto que merecen de por sí y por estar en mi casa?

Desconcertado el joven, porque no estaba preparado para esta sorpresa, y porque estaba algo aturdimiento con el Chipre en que pretendía ahogar el amargo recuerdo de su derrota, no acertó á contestar una palabra en su disculpa.

Verdad es también que le hubiera sido muy difícil disculparse, porque había faltado á muchas damas, y no sabía si el dux defendía la causa de todas por defender disimuladamente la causa de su esposa, que era la más ofendida.

— Veo, — añadió el dux, — que reconocéis vuestra falta y estáis avergonzado de ella. Me alegro para ser indulgente. No os castigaré ya, como me proponía, antes bien me encargaré yo mismo de disculparlos con las agraviadas; pero retiraos, que no os vendrá mal tomar el aire fresco.

Más corrido y avergonzado ahora que antes, el pobre diablo no se atrevió á dar un paso y permaneció allí quieto.

El dux entonces hizo un ademán imperioso y dos pajes lo cogieron de los brazos y lo acompañaron hasta la puerta del palacio.

Ya había amanecido, cuando Paolo Farini se encontró en la calle y pudo ver á la bella luz del sol naciente todo lo ridículo de su posición.

Terpsícore, que era la musa más suelta y corriente en aquellos días, no había soplado á Paolo aquella infausta noche.

Y tan corrido estaba él y tan avergonzado que hubo de ponerse el antifaz, no ya porque no lo conocieran, estando como estaba desierta la calle, sino por tapar algo, que no era materialmente la cara.

— ¿Qué hago? — se preguntó en alta voz como si hablara con otro. — ¿Me iré á dormir y olvidar á Agustina?... No, que ha de amarme todavía á pesar de todo. ¿Matar al viejo Falieri? ¡Bah! No es un rival digno de mí con todo su cuerno de dux. Mataré á su sobrino... Pero no precipitemos los sucesos, que ellos vendrán por sus pasos contados. ¡Oh! ya quitaré estorbos de en medio. Entretanto, he de hacer algo que sea sonado, que contrapesé los desaires y agravios recibidos, para que cuando los narradores y narradoras de la crónica escandalosa refieran lo uno, refearan también lo otro y dejen mi honor en su punto. Es una cuenta de cargo y data, que siendo iguales se destruyen mutuamente.

Después de este monólogo, quedó un rato pensativo á caza de alguna diablura.

Los pajes, que lo expulsaban, habían desaparecido ya. De la servidumbre de escalera abajo no se veía más que un hombre en el vestíbulo, y éste, después de una noche de insomnio, no estaba ya muy despierto, según su actitud, pues permanecía sentado, inmóvil, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Paolo volvió á entrar resueltamente en el palacio de los Santos Apóstoles, sin que nadie se opusiera á su paso.

Huyendo de los salones del baile, cuyas últimas palpitations aun se oían, divagó un rato por los corredores, á caza siempre de su idea, cuando sin saber cómo se encontró en la sala del Consejo, en el salón del trono, por decirlo así.

— ¡Ah! — exclamó entonces dándose una palmada en los cuernos ¡Ya está aquí la idea!

Y dejando caer el rabo que lo llevaba enroscado al brazo, sacóse un puñal del seno, se acercó al sitio del dux, como si digéramos al trono del monarca, y con temeraria y diabólica osadía grabó en él los siguientes versos, tan malos de forma, como de intención:

*Marino Falieri
Dalla bella mugier,
Altri la piglia,
Lu la mantien*

Después de haber dado esta especie de satisfacción á sus enojos, sin alcanzar sus consecuencias ó acaso despreciándolas, se retiró furtiva y secretamente, aunque no tanto que dejara de verlo alguien al salir... salir y entrar y escribir con el puñal.

IV

El escándalo que produjo tan audaz é injurioso desacato, regocijó al principio al diablo, autor de la incisiva, maligna y temeraria facecia, el cual creía vengados con ella los agravios del dux; pero después hubo de arrepentirse de su ligereza.

Todos los ojos se volvieron hacia él, en cuanto empezó á cundir tan escandalosa noticia, enlazando los desaires y enojos de la víspera con esta especie de desagravio. Y no faltaron lenguas, la del conserje, por ejemplo, que dieran testimonio del acto declarándolo si no autor de los versos, á lo menos grabador de ellos en el sitio de su Alteza.

La indignación del supremo magistrado hubo de rayar en lo heroico al ver ajada así la honra de su esposa, y puesto en ridículo su nombre allí mismo, donde debía ser más inviolable y respetado, en el salón del trono, en el trono mismo pudiéramos decir.

Viéndolo tan indignado, pidióle venia su sobrino para volver por el honor de la familia puesto en lenguas, prometiéndole cortar con su espada la del vil difamador.

Marino Falieri se lo prohibió con su doble autoridad de tío y de dux.

— No es honor mío, — le dijo con voz sorda, aunque enérgica, — cometer el desagravio de mi esposa, á una persona extraña, aunque ésta seas tú: el honor de la propia mujer debe defenderlo el marido. Yo defenderé el de la mía y quedará mejor librado, como quiera que tú no cortarías más que la lengua del vil difamador, y yo he de cortarle la cabeza.

Ved si tenía alientos el viejo militar.

De buena gana se hubiera quitado de encima medio siglo, aun renunciando al cuerno ducal, que era como una real corona, á trueque de verse en aptitud de justar cuerpo á cuerpo y mano á mano con el joven Paolo Farini; mas no siéndole dado volver á sus años juveniles ni siquiera á sus provecos, cuando con un puñado de hombres entraba el primero al Capo d'Istria, y con otro puñado batía y derrotaba al rey de Hungría y sus ochenta mil soldados, hubo de resignarse á la necesidad de poner su causa en el peso de la justicia y llevó su razón al tribunal.

El tribunal juzgó al acusado y lo sentenció á dos meses de prisión en la cárcel pública, y á un año de destierro luego fuera de la república, á pesar de las influencias que puso en juego Andrea Farini, padre de Paolo y uno de los Cuarenta.

Con todo eso, no habiéndole cortado la cabeza como el dux quería y aun esperaba del tribunal, lejos de quedar satisfecho, todavía quedó más indignado, no ya sólo contra el culpable, sino también contra todos sus jueces, á



EN MARCHA PARA LA CAZA

quienes arguyó de flacos y prevaricadores.

Esto le dió ocasión y motivo para pensar en los vicios, no ya de los hombres, sino de los poderes públicos, de la república entera, porque no habiendo aspirado nunca á la alta magistratura que ejercía por elección libérrima, tampoco había estudiado aquel organismo político, á lo menos con el interés que ahora.

Y en efecto, era muy viciosa organización de aquella república, especialmente mirada desde la silla ducal, como quiera que el dux no era sino una sombra del soberano, una especie de rey constitucional que reina y no gobierna, ó un soberano vestido de púrpura, eso sí, pero sometido al consejo de los *Tres*, y al consejo de los *Diez*, y al con-

sejo de los *Cuarenta*, que eran los que verdaderamente ejercían la soberanía.

A un hombre del temple y hábitos autoritarios del general Falieri no podía ser grata esta división de poderes que amenguaban su autoridad, y hubiera él querido reunirlos todos y recogerlos como un manojo de rayos en su mano derecha.

¡Entonces sí que hubieran girado bien las ruedas de aquella máquina! ¡Entonces sí que hubiera quedado bien lavado el honor de su esposa, y honrada y fulgurante la majestad de su alta investidura!

Pero cómo acometer la gran empresa de la reorganización de la república, cuyos vicios sentía, pero cuyo remedio no alcanzaba?

Marino Falieri, que tenía un gran corazón, no tenía una gran cabeza; era un soldado, no un político.

Como soldado, bien se le alcanzaba que era lo primero echar abajo todo aquello; pero cómo dar este golpe de Estado si como dux no disponía siquiera de la fuerza pública?

Y á vueltas con sus ideas devanábase los sesos para orillar dificultades y abrir camino á sus anhelos, cuando ello mismo se le vino á las manos.

V

Un operario del arsenal, llamado Israelo Bertuccio, hombre de inteligencia inculta, pero grande, espontánea, intuitiva, y de animoso corazón, había sido maltratado por un soberbio caballero de la familia Barbari, cuyo nombre, bárbaro y todo, estaba inscrito entre los de la primera nobleza en el famoso libro de oro de la aristocrática república.

Bertuccio, que se reconocía débil, aunque no de ánimo ni de puños, para vencer al aristócrata en los tribunales, no quiso andarse por las ramas, y desde luego llevó en alzada su causa á la magistratura suprema, presentándose ensangrentado todavía al dux en persona.

— Pido, señor, justicia, — le dijo, — después de haberle referido el hecho.

— No puedo hacértela, — contestó Marino Falieri dando un golpe con la crispada mano en el brazo de silla. — Cómo he de hacerte á tí justicia, — añadió con despecho, — si no puedo obtenerla para mí mismo?

(Continuará)

EL GAMO DE PELUCA

NARRACIÓN CINAGÉTICA ILUSTRADA

— ¡Movimiento, mucho movimiento! — El movimiento es la vida.

— Pero ¡hombre de Dios! no parece sino que todos os habéis conjurado contra mí. Ayer el doctor me decía estas mismas palabras y para infundirme miedo, sin duda, añadía la amenaza de la inminencia de un ataque apoplético si desobedecía sus preceptos.

— No he visto al doctor, pero opino como él. En primer lugar, bebes demasiado y el vino que consumes no es de los más flojos.

— ¡Cuatro miserables botellas de Marcobrunner al día! No hay habitante del Rhin que estando dotado de mi robustez, no beba doble cantidad.

— Todo lo que quieras, pero presiento una catástrofe si no mudas de género de vida, si no apelas al paseo para devolver á tus miembros la elasticidad perdida.

— ¡Pasear! ¿Y cuándo? ¿Tengo por ventura tiempo? — Lo tienes si destinas al ejercicio dos horas de las seis que dedicas á la lectura de papelotes...

— Todo buen ciudadano tiene el deber de estar al corriente de los sucesos políticos que puedan afectar á su patria. Además, pasear sin objeto alguno, por el simple placer de pasear, maldita la gracia que tiene.

— Busca un objeto. La caza por ejemplo...

— ¡La caza! ¡Bonita cosa para el que, como yo, no distingue un conejo de una liebre!

— Yo te adiestraré.

Pocos días después de esta conversación, salían de caza, á los primeros albores de una mañana de julio, el consejero municipal y rentista Biedermann y su amigo el coronel retirado Grinwald, seguidos de Lord, magnífico perdiguero adiestrado por fuerza, y que, en punto á caza, más amigo que de levantarla en el campo, era de comerla tranquilamente en el plato.

Por consejo del coronel, púsose de parada el respetable Biedermann en un ameno soto cuya profundidad no era bastante para templar los ardores de un sol canicular. Poco avezado á los placeres cinegéticos, hubo de renunciar á la incómoda silla de caza; prefiriendo echarse sobre el mullido césped. Pero ni aun así logró la tranquilidad que ansiaba, pues mientras una verdadera plaga de mosquitos hacía brotar sangre de sus rubicundas mejillas, un numeroso enjambre de hormigas hacía presa en sus robustas piernas. De suerte que entre las picaduras de los unos y las mordeduras de las otras, obligáronle á saltar de su asiento y exclamar, no sin razón de sobra: «La caza podrá servirme de maldita de Dios la cosa, pero las sangrías que estos benditos animalitos me aplican no tardarán en acabar con mi complexión sanguínea.»

En estas y otras reflexiones parecidas estaba sumido el buen consejero, á quien el canto de mil pajarillos y la brisa que empezaba á soplar, iban reconciliando con la caza, cuando divisó á no mucha distancia una pieza magnífica que no podía clasificar con exactitud porque el



RESULTADO DEL ACECHO

bía á hacer fuego sobre él, observó que en la misma dirección en que apuntaba estaba el consejero haciéndole señas con las manos, como si quisiera indicarle que se detuviese. ¿Qué hacer? Perplejo estaba tratando de adivinar qué podrían significar las señas que continuaba haciéndole su compañero, cuando el venado, olfateando el peligro que le amenazaba, echó á correr precisamente hacia donde estaba Biedermann, seguido por Lord, que con sobra de gritos imaginaba suplir su falta de destreza. Desesperado apretaba con mano convulsa su escopeta el coronel, á quien el miedo de hacer blanco en su amigo le impedía disparar, cuando sonó un tiro y los alegres aullidos del perro anunciaron el triunfo de los cazadores: la pieza yacía exánime.

Precipitadamente corrió el coronel hacia donde estaba su compañero, y se lo encontró tendido en el suelo, dando al aire lamentos é imprecaciones.

— ¡Vaya una diversión! comido por las hormigas, picado por los mosquitos y atropellado por este macho cabrío, que el infierno confundía. Si esto es divertirse...

— ¡Qué macho cabrío ni qué ocho cuartos! ¿Te atreves á insultar de esta manera á un gamo de peluca, á un ejemplar rarísimo y precioso? ¿Sabes tú lo que es un gamo de peluca?

— ¿Quieres añadir todavía á mis dolores el escarnio? — dijo arrebatado por la ira el consejero municipal, mientras con la mano señalaba su cabeza calva, cuya peluca había arrancado el venado en su precipitada fuga.

El coronel, después de apaciguarle explicándole lo que era un gamo de peluca, corrió en busca del venado y depositándolo á los pies de su matador, exclamó:

— ¡Magnífico tiro! ¡Admirable! Y esto que debiste disparar precipitadamente.

— Hice lo que pude, — contestó Biedermann, con aire de suficiencia.

Digamos de paso que el tiro había salido casualmente al desprenderse el fusil de las manos inexpertas de su dueño cuando fué arrollado por el venado.

— ¿Pero no decías que tomaste el venado por un macho cabrío? ¿cómo, pues, disparaste?

— A medida que se fué acercando me convencí de mi error, y ví realmente lo que valía.

— Pero, vamos á ver: ¿por qué me hacías señas de que me estuviera quieto cuando apuntaba al animal?

— ¿Yo? si ni siquiera te veía; lo que hacía era espantarme los mosquitos, que me estaban comiendo.

Cuando volvían á la aldea, de regreso de tan afortunada caza, la luna asomaba en el cielo y saludaba á su compañera en la cabeza del honorable consejero. El gamo de peluca había arrebatado al regidor la suya. Una ardilla, en tanto, preparaba con ella un blando nido á sus piqueñuelos.



De la revista: *El Universum*



EL REGIDOR EN ACECHO

ramaje se la ocultaba en parte. De pronto, el animal, levantando la cabeza, apareció tal cual era á los ojos del cazador, quien no pudo menos de exclamar con acento despechado, en que se revelaba su desencanto: — ¡Un macho cabrío!

Pero su compañero el coronel, que á poca distancia de allí había sentado sus reales, divisó la pieza y más experto que el consejero, reconoció que tenía delante un magnífico venado, un gamo de peluca, especie rarísima que el coronel había visto pocas veces. Cansado de esperar que su amigo disparara sobre el animal y temiendo que el cansancio hubiera pesado sobre sus párpados, decidióse á obrar por su propia cuenta y á no desperdiciar la ocasión que se le presentaba de añadir una página gloriosa á sus anales cinegéticos. A este fin púsose en movimiento, tratando de cortar el terreno al venado, y cuando se aperci-



EN LA PUERTA DEL HERRERO, cuadro de H. Jochmuk

NOTICIAS VARIAS

América del Sur

BRASIL. — Un diario de Desterro, provincia de Santa Catalina, anuncia que M. Achilles Savine acaba de fundar una sociedad con dos millones de francos á fin de colonizar con emigrantes italianos tierras de dominio público que hay en el valle de Aranguá, en la parte meridional de la provincia.

El presidente de la República Argentina ha firmado el decreto cediendo á los indios de Patagonia una superficie de ocho leguas cuadradas, con objeto de colonización.

Estos terrenos están situados al Sur del Río Negro; y se prohíbe á los indios enajenar su propiedad antes de un plazo de veinte años.

Se les suministrará el material agrícola necesario, más el grano para la sementera, y se procurará por todos los medios hacer de ellos cultivadores pacíficos, laboriosos y útiles.

Van á continuarse los trabajos, momentáneamente suspendidos, del camino que há de atravesar el Chaco. El trozo construído parte de Barranqueras y recorre 351 kilómetros á través de los bosques del Chaco, donde ha sido menester abrir paso con el hacha.

Sólo faltan 60 kilómetros para que la provincia de Santiago del Estero quede unida al Chaco por una vía militar.

CHILE. — Los chilenos no saben si deben estar satisfechos ó descontentos con la apertura de la gran línea del Pacífico por en medio de los Andes.

Un diario de Santiago enumera las ventajas que ha de reportar Chile de esta nueva línea: facilidades de comunicación con Europa, mayor inmigración, etc.

Pero enumera también los inconvenientes: favorecerá la emigración á que es tan propenso aquel pueblo de genio aventurero; se expatriarán los buenos operarios; no puede asegurarse si los inmigrantes que vayan al país podrán reemplazarlos ni en número ni en aptitud.

En todo caso, Chile perderá cierto número de habitantes, y entre los que vayan á sustituirlos perderá seguramente, sino en aptitud, en patriotismo.

Tales son las reflexiones de los periódicos que se publican allende los Andes.

LA CIENCIA PRACTICA

EL GRANO DE UVA EN EL VINO DE CHAMPAGNE. — La figura 1 indica el modo de realizar una curiosa prueba. Cuando se hecha un grano de uva fresco ó seco en el fondo de una copa llena de Champagne, se ve cómo las burbujas de gas se adhieren á él: el grano de uva sube á la superficie del líquido donde las burbujas revientan, y entonces se hunde para volver á subir; esto consiste en que las burbujas de aire hacen subir y bajar el grano desempeñando el papel de globos minúsculos que se elevan en el seno del líquido.

APARATO FUMÍVORO-VENTILADOR. — Sabido es que una de las propiedades, por desgracia demasiado común, de muchas de nuestras chimeneas de las habitaciones particulares consiste en «tirar mal,» como vulgarmente se dice, debiéndose á ello que la estancia se llene de humo. El inconveniente se produce sobre todo en los pisos superiores, donde el cañón tiene poca altura: entonces basta generalmente que un fuerte rayo de sol caiga á plomo sobre el orificio de salida, que un viento borrascoso sople á intervalos, ó que caiga una lluvia violenta para que el cañón se obstruya. El humo refluye con frecuencia al interior, haciendo inhabitable el local que se quería caldear, y en este caso el único recurso consiste en abrir puertas y ventanas para crear una corriente de aire artificial, á fin de restablecer una aspiración conveniente. Ya se comprenderá que este remedio sencillo y primitivo se recomienda poco, porque lleva consigo muchos inconvenientes peores que el mal que se trata de combatir.

Se han propuesto muchos medios para evitar estos enojos; contra la lluvia y el sol se tienen los casquetes fijos; contra el defecto de altura de los cañones, los aspiradores de hélice más ó menos complicados; contra las borrascas, las veletas móviles de cubierta, que se orientan según el viento; pero ninguno de estos aparatos es del todo suficiente por sí solo, aunque tenga cualidades que se han de reconocer como útiles forzosamente. A M. Becker se debe la invención del aparato que vamos á describir.

Se compone de un sombrerete móvil de veleta ordinaria, provisto en su cara posterior de un ajuste cónico entrante por el cual el viento penetra bajo la forma de surtidor en el interior de aquél, de lo cual resulta una aspiración en el tubo de chimenea, tanto más enérgica cuanto mayor es la velocidad del viento. La cabida aumenta en todos los casos en el momento mismo en que ésto se pudiese necesitar si algunos torbellinos accidentales tendieran á hacer refluir el humo en las habitaciones, como podría suceder algunas veces con un casquete móvil común.

El modo de acción, bien fácil de reconocer, es exactamente análogo al de un aparato en el que los líquidos se sustituyen por gases en movimiento. Añadiremos que el principio de la aspiración producida así por el viento se aplica á cierto número de aparatos meteorológicos registradores, sobre todo en el notable anemómetro Bourdon. Es muy satisfactorio, lo cual nos hace creer que su aplicación se justifica aquí perfectamente, debiendo dar buenos resultados: así lo demuestran las pruebas practicadas hace algunos meses.

Nada se ha de añadir en particular respecto á la construcción propiamente dicha, que la figura representa muy bien. El casquete móvil gira en punta sobre un eje vertical, contra el que le dirigen tres puntos de apoyo. Los frotamientos se reducen así al minimum, lo cual es una buena condición para que el aparato funcione bien.

Observaremos especialmente, al terminar esta reseña, que el aparato es muy aplicable sin modificaciones á la ventilación de las cloacas ú otros sitios de donde se escapan gases de naturaleza infecta ó peligrosa. Cierto que no es susceptible de producir más que una ventilación inter-

mitente, «según qué el viento sople,» pero siempre será esto mejor que no ventilar nada.

Creemos que se ha hecho un adelanto para la higiene



Fig. 1. — El grano de uva en el vino de Champagne

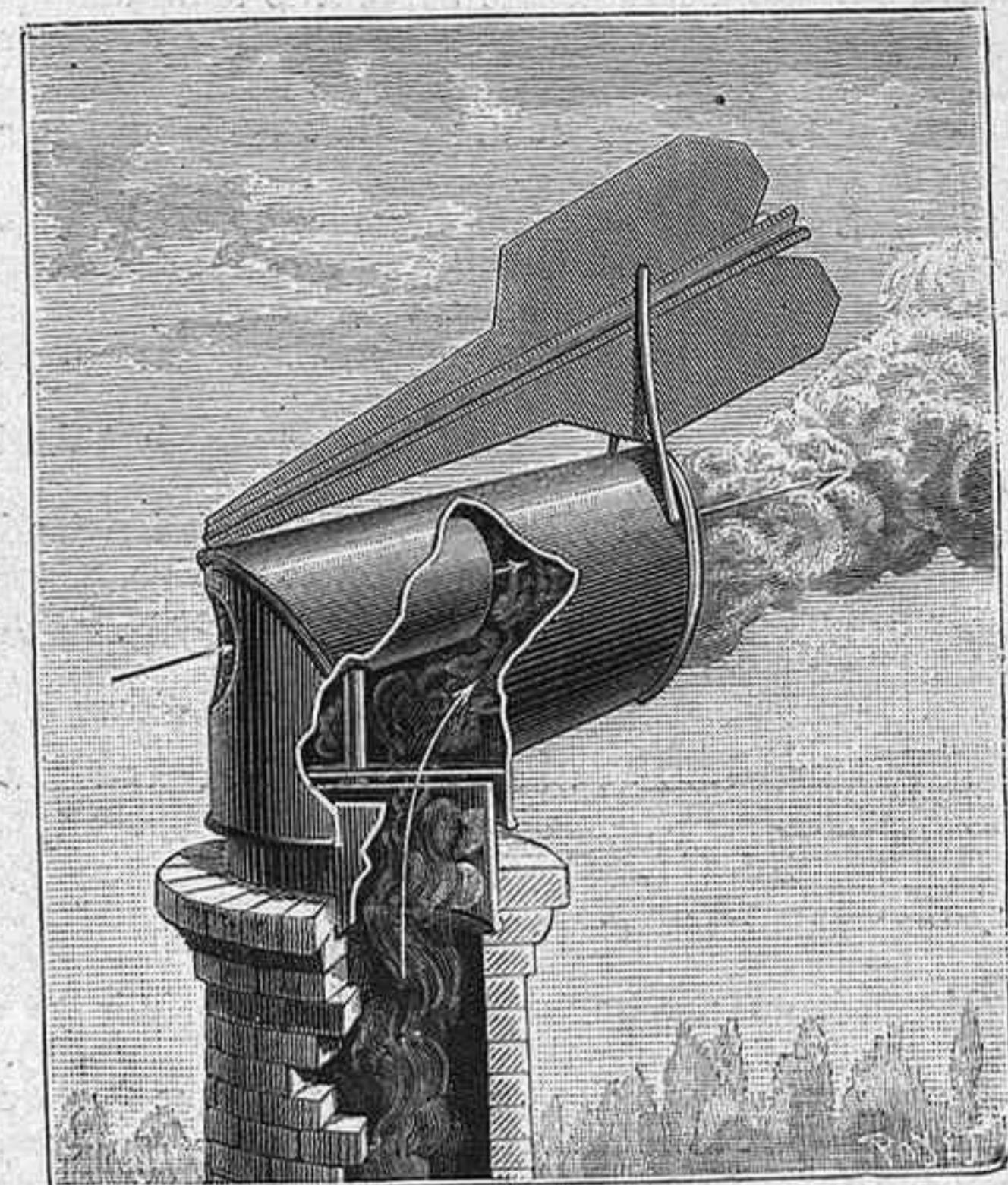


Fig. 2. — Aparato fumívoro ventilador de M. Becker. Aplicación del principio del inyector Giffard al tiro de las chimeneas

de nuestras habitaciones, porque ese aparato constituye un ventilador muy sencillo, del todo automático, y en realidad muy económico.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
BARCELONA. IMP. DE MONTANER Y SIMÓN